

Alfonso Álvarez Mora
María A. Castrillo Romón
Coordinadores

Urbanismo



HOMENAJE A GIUSEPPE CAMPOS VENUTI

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

URBANISMO

HOMENAJE A GIUSEPPE CAMPOS VENUTI

Urbanismo : homenaje a Giuseppe Campos Venuti / autores Alfonso Álvarez Mora ... [et al.] ; coordinadores, Alfonso Álvarez Mora y María A. Castrillo Romón. Valladolid : Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, 2004

101 p. ; 24 cm. (Arquitectura y urbanismo ; 51)

ISBN 84-8448-285-5

Arquitectura y urbanismo (Universidad de Valladolid) ; 51. Campos Venuti, Giuseppe - Discursos, ensayos, conferencias. Urbanismo - Discursos, ensayos, conferencias.

Castrillo Romón, María A., ed. lit. Álvarez Mora, Alfonso, ed. lit. Campos Venuti, Giuseppe, hom.

URBANISMO

HOMENAJE A GIUSEPPE CAMPOS VENUTI

Alfonso Álvarez Mora
Oriol Bohigas
Jesús Gago
Eduardo Leira
Juan Luis de las Rivas
Fernando Roch

Giuseppe Campos Venuti

Coordinadores de la edición:
Alfonso Álvarez Mora y María A. Castrillo Romón



**instituto universitario de urbanística
de la universidad de valladolid**

Secretariado de Publicaciones e
Intercambio Editorial

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

Título original del texto de Giuseppe Campos Venuti: *Territorio*
Publicado en Bologna (Italia) por Edizioni CLUEB (2000)
<http://www.clueb.com>

Los derechos de traducción de esta obra al castellano han sido amablemente cedidos por Edizioni CLUEB.

© Los Autores, Valladolid, 2004
Instituto Universitario de Urbanística
Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Valladolid

Traducción del italiano: Alfonso Álvarez Mora y Cristina Domínguez

Correcciones, maquetación y cubierta: Daniel Martínez
Imagen de cubierta: fragmento de *Il nuovo piano di Roma*, 2000

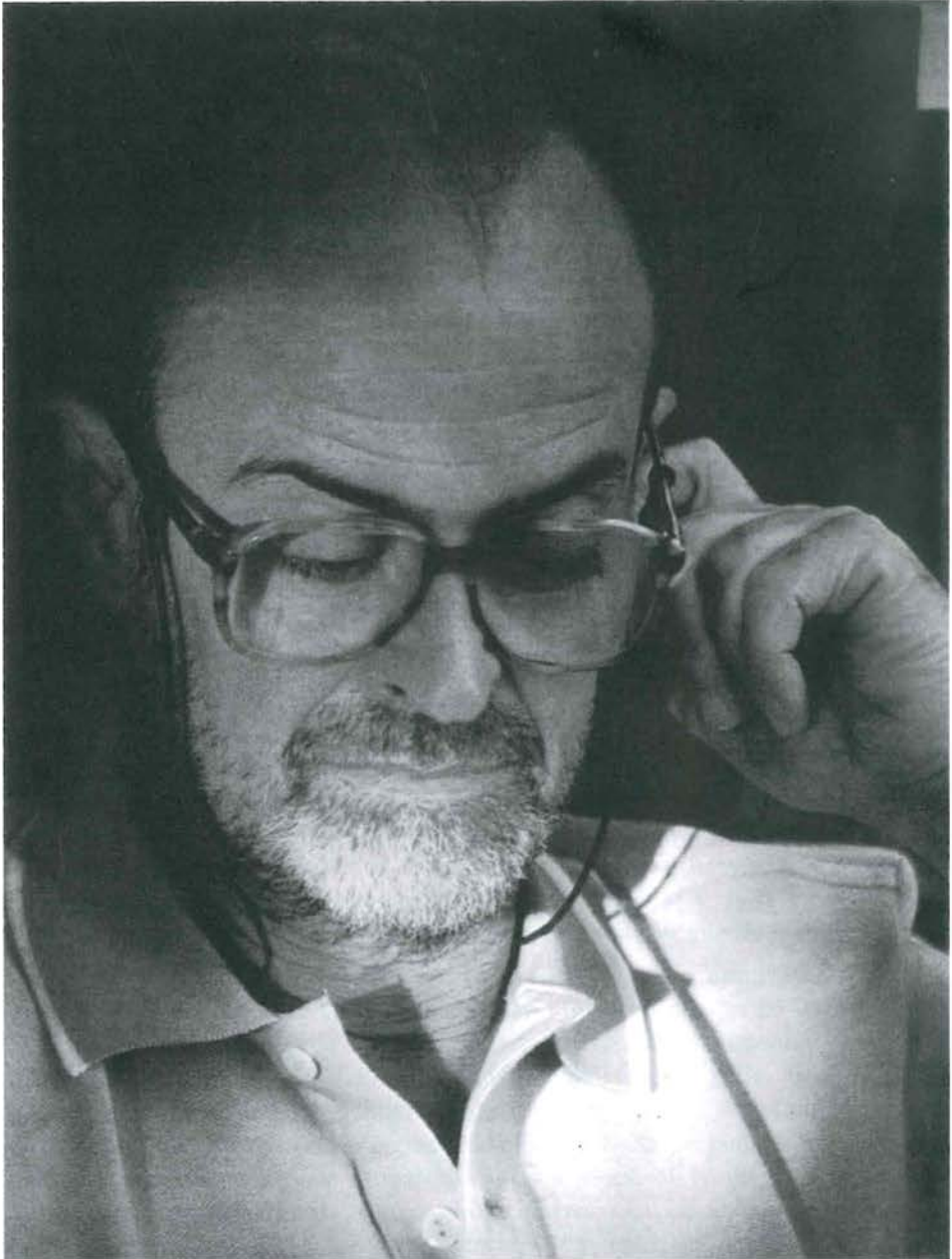
ISBN: 84-8448-285-5
Depósito Legal: S.1007-2004
Impresión y encuadernación: EUROPA Artes Gráficas, S.A.

INDICE

Breve reseña biográfica.....	9
Alfonso Álvarez Mora. <i>Una trayectoria como urbanista fuera de toda sospecha</i>	15
Oriol Bohigas. <i>Campos Venuti: un reformismo revolucionario</i>	23
Jesús Gago. <i>Giuseppe Campos Venuti: el saludable optimismo de un veterano resistente</i>	29
Eduardo Leira. <i>Ante el urbanismo: una actitud divertida y partisana. Compartiendo el entusiasmo de Campos</i>	37
Juan Luis de las Rivas. <i>Campos, profesor y urbanista</i>	45
Fernando Roch. <i>A propósito de la austeridad: de la vieja utopía regional al nuevo mito planetario</i>	53

GIUSEPPE CAMPOS VENUTI

URBANISMO..... 67



GIUSEPPE CAMPOS VENUTI

GIUSEPPE CAMPOS VENUTI: BREVE RESEÑA BIOGRÁFICA

En la vida de Giuseppe Campos Venuti (Roma, 1926) se entretajan de manera ejemplar la labor académica, la práctica urbanística y la actividad política. Y quizá sea éste, precisamente, su rasgo biográfico más esencial y el que mejor explica la necesidad del homenaje que encierra este libro: la relevancia y coherencia de sus aportaciones intelectuales en el seno de un compromiso que es político tanto como disciplinar y académico o, en suma, vital.

Ese carácter complejo y poliédrico de la figura de Campos Venuti hace tremendamente difícil la tarea de esbozar una breve reseña biográfica. Y no sólo por lo que ello entraña de síntesis sino, muy especialmente, porque se hace preciso separar lo que en la realidad y en su pensamiento está íntimamente unido: su faceta académica (arquitecto, urbanista, maestro de maestros), su ingente obra urbanística (planes, proyectos, cientos de escritos) y su acción política (resistente antifascista, administrador público, lúcido militante de izquierda).

Giuseppe Campos Venuti se graduó en Roma como arquitecto y en esa misma ciudad comenzó su carrera universitaria en la enseñanza de la Urbanística. En 1968 fue llamado a la Facultad de Arquitectura del Politécnico de Milán, donde ha sido *professore ordinario* de Urbanística hasta 2001. En 1984 fue *visiting profesor* en la Universidad de California en Berkeley y también ha impartido docencia en cursos de especialización en Italia, España y Francia. Ha recibido reconocimientos de numerosas instituciones: el 10 de mayo de 1996 fue investido Doctor Honoris Causa por la Universidad de Valladolid, en 1998 recibió el premio *Fondazione Cervia-Ambiente* y, en 1999, la Medalla de oro del *Presidente della Repubblica* de la ciencia y la cultura. Ya en los últimos años, entre 2000 y 2001, ha desempeñado el cargo de Presidente del *Consiglio Superiore dei Lavori Pubblici*.

En cuanto a su obra urbanística, es importante reseñar que, a pesar de su dilatadísima experiencia, siempre ha prestado sus servicios a administraciones públicas en calidad de urbanista consultor y nunca ha aceptado encargos privados, al punto de no haber tenido un despacho profesional en los casi cincuenta años de su experiencia disciplinar.

Ya en 1962 trabajó en la parte urbanística de la "Nota Aggiuntiva Programmatica" del *Ministero del Bilancio*, responsable del presupuesto nacional y de la programación económica italiana. Posteriormente, en ocasiones sucesivas, contribuyó a los estudios que desembocarían en el *Progetto 80*, una ambiciosa e innovadora propuesta de programación integrada para Italia que, entre otros aspectos relevantes, incorporaba una reflexión específica sobre los recursos y el modelo territorial italiano de los años sesenta y sobre el alcance de su propia proyección territorial.

Por otro lado, también ha colaborado en diferentes ocasiones con el ministerio de obras públicas italiano en la preparación de leyes y decretos urbanísticos. En 1976, participó en la fundación de la Agencia Hábitat de Naciones Unidas y, en 1985, como miembro de una comisión internacional nombrada por ese mismo organismo, participó en la Consulta para la reconstrucción de Ciudad de México después del terremoto. También fue llamado como consultor del *Ministero dei Lavori Pubblici* y del *Ministero del Bilancio* para el estudio de la factibilidad de la conexión Sicilia-continente.

En lo que a la planificación urbanística y territorial se refiere, Campos Venuti fue consultor del Plan Territorial Regional de Emilia Romagna en 1980 y también colaboró en la elaboración del Plan Paisajístico Regional de ese mismo ámbito. Ha trabajado asimismo con la *Unione de Province Italiane* para la maduración disciplinar de los Planes Territoriales de Coordinación Provincial, contribuyendo después a la redacción de los Planes Provinciales de Perugia, Pesaro-Urbino y Forlì-Cesena. La problemática de los Planes Reguladores Intercomunales ha sido también objeto del interés de Campos desde sus momentos inaugurales: trabajó a finales de los años 50 en el proyecto de un Plan Intercomunal para Roma, en los años 60 abordó el de Bologna y, en 2003, volvió nuevamente a desarrollar un planteamiento intermunicipal para el Norte de la provincia boloñesa.

En cuanto a la ordenación urbanística de ámbito municipal, Campos Venuti ha sido consultor de numerosos documentos de planeamiento de entre los que destacan, sobre todo, el PGOU de Madrid de 1985 y el nuevo Plan de Roma aprobado en 2003. Pero a él también se deben otros muchos Planes Reguladores Comunes italianos como los de Bologna, Firenze, Modena, Pavia, Ancona, Padova, La Spezia, Piacenza, Reggio Emilia, Cuneo e Ivrea.

Otro tema en el que se ha centrado la reflexión de Campos es el de las infraestructuras y la integración de sus enfoques sectorial y territorial. En este

sentido, ha sido convocado en diferentes ocasiones como asesor especializado en proyectos de metros ligeros y autovías.

En cuanto a su obra escrita, los títulos de muchas de sus más importantes publicaciones son bien sugerentes al respecto del recorrido cultural del autor: de *Amministrare l'urbanistica* (Einaudi, 1967), sobre la renta urbana y la socialización de la disciplina, a *Urbanistica incostituzional* (Marsilio, 1968), sobre la batalla legislativa en Italia; de *La terza generazione dell'urbanistica* (Franco Angeli, 1987) a *Urbanistica e austerità* (Feltrinelli, 1978), en torno a los nuevos contenidos de la transformación urbana y territorial; de *L'urbanistica riformista: antologia di scritti, lezione e piani* (Etas Libri, 1991) a *Cinquant'anni di urbanistica in Italia* (Laterza, 1993), de temática más general. Junto a estos libros, en su mayoría traducidos al castellano, se encuentran otros muchos escritos menos emblemáticos: casi medio millar de textos entre ensayos y artículos en revistas especializadas o generalistas -o incluso en prensa diaria- que forman, en su conjunto, una vasta producción científica tanto como una comprometida y esforzada batalla cultural.

La biografía política de Giuseppe Campos Venuti tiene una referencia tan temprana como profunda en la Guerra de Liberación de Italia. Campos, que siempre se ha definido a sí mismo como un partisano, luchó junto a los Servicios Estratégicos de la Quinta Armada norteamericana y sólo al acabar la guerra se graduó e inició su actividad universitaria y cultural. En 1960 fue elegido concejal de urbanismo de la corporación municipal de Bologna, desde donde llevó a cabo una operación político-cultural de alcance regional y nacional. En 1970, fue elegido miembro de la Asamblea regional de Emilia Romagna en su primera legislatura y, desde entonces y hasta 1975, desempeñará el cargo de presidente de la Comisión de Urbanística de dicha cámara. Durante ese mismo periodo trabajará también en la elaboración del primer proyecto de reforma urbanística nacional de 1963 y en las sucesivas leyes de reforma parcial.

Esas décadas de los 60 y 70 verán algunas de las principales aportaciones de Campos a la Urbanística contemporánea. En primer lugar, porque en ese periodo auspiciará la elaboración del afamado Plan de Bologna, justamente reconocido como un plan seminal en Europa y un referente mundial. En segundo lugar, pero no menos importante, porque en esos años arranca el esfuerzo de Campos por renovar la administración del urbanismo en Italia. Su empeño en esta labor ha sido permanente desde entonces. Ya trabajaría en este sentido en el *Istituto Nazionale di Urbanistica* (INU) durante los años de la presidencia de Adriano Olivetti y después, entre 1992 y 1993, cuando él mismo ocupase cargo de presidente electo del INU. Hoy, y desde 1990, trabaja en un nuevo proyecto de reforma urbanística desde su puesto de Presidente honorario de ese organismo, manteniendo así vivo su compromiso con la tarea emprendida hace más de cuarenta años.

UNA TRAYECTORIA COMO URBANISTA FUERA DE TODA SOSPECHA

ALFONSO ÁLVAREZ MORA

Uno de los aspectos mas problemáticos del Urbanismo, el que ha constituido, quizás, el origen de las continuas controversias, enfrentamientos y contradicciones que le han caracterizado, sobre todo, en su relación con la Arquitectura, ha sido, posiblemente, la identificación originaria establecida entre ambas disciplinas. Desde la Arquitectura, en efecto, se comenzó a pensar en la ciudad, en su trazado, en su lógica constructiva, en suma, en su proyecto. Identificación, por tanto, entre Arquitectura y Urbanismo, al menos en los primeros tiempos en los que comienza a hablarse, a reflexionar, del objeto ciudad como tema de proyecto.

Nos estamos refiriendo, naturalmente, a tiempos históricos en los que cualquier tipo de intervención en la ciudad implicaba proceder a la elaboración y desarrollo de obras específicas de arquitectura en su calidad de objetos singulares que utilizaban el cuerpo de la ciudades existentes como marcos de referencia y expresión de la grandeza que se requería de las mismas. La ciudad, por tanto, como soporte, como escenario, como espacio donde se mostraban específicas obras arquitectónicas a las que se les atribuía cierta capacidad para proceder a algún tipo de transformación urbanística, valga la expresión del termino. Transformación entendida, siempre, desde la óptica de la arquitectura.

Es así como la ciudad aparece, se utiliza y se entiende, como algo pasivo, como objeto que soporta, como campo de experimentación arquitectónica. Incluso, cuando se procedía a plantear algún trazado que nos pudiese hacer pensar que, realmente, se estaba proyectando un tipo espacial que desbordaba lo propiamente arquitectónico, estos trazados, sin embargo, eran concebidos como

“arquitecturas planas”, no tanto como definidores de desarrollos urbanísticos concretos. La ciudad, en este sentido, podía ser dibujada, proyectada, como si de una gran edificación se tratase. Presupuestos albertianos están en el origen de esta forma de hacer y de pensar.

La ciudad resistió una interpretación arquitectónica, subyugándose a sus dominios disciplinares, durante el largo y excesivo periodo histórico que recorrió ambientes y formas de vida aristocráticos, es decir, en aquellos ámbitos sociales en los que el “espacio urbano” llegó a convertirse en patrimonio exclusivo de una sola clase social. En este ambiente, decimos, la práctica arquitectónica se convierte en instrumento por excelencia que la aristocracia maneja para representarse, expresarse y ensalzarse, en el espacio urbano, como clase social dominante. Es tal la supremacía de la arquitectura que no ha lugar al planteamiento de reformas urbanas que no asuman sus propios cometidos.

Todo cambia, sin embargo, con el desarrollo de la democracia. La democratización del espacio urbano, el hecho de que todos y cada uno de los intereses sociales en juego pudiesen disponer de ámbitos espaciales concretos, desde donde expresar sus propias reivindicaciones, políticas y laborales, hasta su derecho a vivir en la ciudad, supuso, sobre todo, una interpretación diversa de la misma, una forma de observarla, vivirla y comprenderla diferente según el sector social interesado en la apropiación de su espacio social concreto. De la ciudad aristocrática, dirigida por una sola clase social, en contra del resto del universo social existente, vamos a pasar a aquella otra en la que la diversidad de intereses encontrados será lo que caracterice a su lógica interna.

En esta nueva situación, la práctica arquitectónica se va a mostrar incapaz de dar respuesta a todas y cada una de las contradicciones que, necesariamente, van a surgir de esta complejidad espacial que va a ser generada por la ciudad democrática. Frente a la simplicidad aparente de la ciudad aristocrática, a la ocultación de lo complejo mediante técnicas teatrales expresadas a través de bambalinas arquitectónicas, impidiendo que se vean las miserias en la medida en que, al mismo tiempo, se exaltan los dominios de la grandeza, en la ciudad democrática, por el contrario, todo está a la vista, sustituyéndose la técnica del teatro, como instrumento de ocultación, por el de la segregación social que refleja y expresa una diferencia radical entre espacios urbanos que conforman una misma entidad urbanística.

Otra de las diferencias entre estas dos formas de entender la ciudad es aquella que nos delata su concreto proceso de gestión y control, tanto por lo que se refiere a su construcción, en sí, como a la posible programación, en el tiempo, de su desarrollo espacial. Mientras estos procesos de gestión apenas tienen importancia en el marco de la ciudad aristocrática, en la medida en que dicha entidad espacial estaba bajo el control de una sola clase social, al amparo y al servicio de una familia aristocrática, lo específico, entre otras cosas, de la ciu-

dad burguesa es que está sometida a un control democrático. Del dominio exclusivo de clase, en el ámbito de la ciudad y el territorio, hemos pasado a la necesidad del consenso y del acuerdo entre partes. ¿Qué puede aportar la arquitectura, ante este nuevo marco espacial, en su calidad de disciplina que pretende entender del proceso de construcción de la ciudad?

Es, precisamente, por razón de este cambio radical que se ha producido en la manera de organizar, de entender, de gestionar y de proyectar la ciudad, por lo que se va a imponer el desarrollo de una nueva disciplina con capacidad para proceder a su ordenación y control, esta vez urbanístico, relegando la arquitectura a otras tareas ante su incapacidad, como disciplina, para entender los procesos de producción de suelo que proporcionan toda su lógica al nuevo universo territorial con el que se identifica la ciudad. Ésta deja de ser campo exclusivo de la arquitectura, ya que los problemas urbanos pendientes de resolver han dejado atrás cuestiones formales, con las que se identifican gran parte de los objetivos de la práctica arquitectónica, para inmiscuirse en aquellos otros que sacan a la luz procesos sociales vinculados con la ocupación de concretos ámbitos espaciales.

Y tras el nuevo requerimiento disciplinar, que está exigiendo el renovado concepto de ciudad y territorio, emerge, tiene necesidad de emerger, una nueva figura profesional-técnica que afronte la ordenación, propuesta y control, de los nuevos requerimientos socio-espaciales que expresa y pone en escena esta nueva entidad urbanística que se ha ido desarrollando al amparo de la alternativa burguesa a una sociedad aristocrática en extinción.

La figura profesional del urbanista, en este sentido, no es resultado de un capricho disciplinar, ni producto de un interés concreto por apartar la práctica de los arquitectos del quehacer urbano propiamente dicho. Muy al contrario, se trata de la imposibilidad de “gobernar” la nueva entidad territorial, la ciudad y su entorno más inmediato, desde la arquitectura, ya que los nuevos problemas planteados son de índole colectivo-democráticos. Ya no se va a tratar de hacer frente a una exigencia concreta del “príncipe” de turno, sino de resolver todos aquellas cuestiones sociales que encuentran parte de su realización en la ocupación de un espacio territorial concreto.

Este cambio de posición y de actitud profesional-técnica, con respecto a cómo se deben abordar las intervenciones en la ciudad y el territorio, no se ha producido sin problemas, sin la expresión de situaciones traumáticas. Sobre todo, por parte de los gremios de los arquitectos, ya que pensaban que habían sido transgredidos en su trayectoria histórica, en la medida en que observaban, no sin cierto estupor, que un nuevo profesional se interponía entre ellos y la ciudad. Máxime cuando siempre habían pensado que la ciudad era de su exclusividad, campo específico de la arquitectura para ejercer, en su ámbito, todo tipo de experimentos y realizaciones propias de la misma.

Pero, al final, se va consolidando, no sin problemas, la idea de que “proyectar ciudad” no es lo mismo que “proyectar arquitectura”. Que la “ciudad” y la “arquitectura” pueden encontrarse, de acuerdo, pero los caminos que llevan a dicho encuentro son muy diferentes. Se trata, en última instancia, de pensar que el campo de lo urbano deja de ser de exclusiva experimentación por parte de la práctica arquitectónica, que la Urbanística, por su parte, emerge con la intención y el propósito de proceder a la práctica de la planificación del territorio de la ciudad, sin desplazar a la Arquitectura de lo que siempre han sido sus cometidos y ocupaciones disciplinares, pero reivindicándose, la Urbanística, como disciplina que entiende, a su vez, de otros aspectos que interesan a la ciudad y al territorio, confluentes unos, opuestos o complementarios otros, específicamente diferentes, en su autonomía, todos ellos.

Es en el marco de esta dialéctica cómo se han ido desarrollando los encuentros y desencuentros entre los urbanistas y los arquitectos, reivindicando, cada uno de ellos, su específico papel a la hora de tomar la ciudad como objeto de sus prácticas respectivas. La cuestión comienza a resolverse, casi de forma definitiva, cuando el ámbito espacial objeto de intervención va cambiando de escala y de contenidos, es decir, cuando la ciudad va abandonando, por razones que emanan de condicionantes sociales y productivos, también políticos, aquellos vínculos históricos que la identificaban, únicamente, con planteamientos espaciales propios del mundo clásico, tradicional o decimonónico.

La ciudad, en este sentido, va dejando de ser un artefacto que se desarrolla en régimen de continuidad con sus propias estructuras, realimentando formas urbanas primitivas, cuestionándose, en una palabra, la “compacidad” como forma más adecuada para proceder a los procesos de producción de suelo, para identificarse, cada vez más, con “formas territoriales”, no específicamente coincidentes con lo urbano propiamente dicho, a las que les cabe, también, la posibilidad de someterse a procesos de “ordenación urbanística”. La ciudad, en una palabra, es cada vez menos ciudad y cada vez más territorio. Y es en este contexto donde, necesariamente, la arquitectura, ha tenido que abandonar su pretensiones de afrontar, también, problemas de orden territorial, emergiendo, en su estado más depurado, la figura del urbanista.

Aunque son evidentes estos cambios estructurales operados en la manera de comportarse el espacio urbano, en la manera de manifestarse otras formas de ocupaciones espaciales, de colonizaciones territoriales, la Arquitectura no renuncia, tan fácilmente, a continuar siendo el alma directriz de los mismos. El espectáculo al que asistimos, en estos últimos tiempos, nos muestra, con demasiada frecuencia, a aprendices de urbanistas que, desde su más sentida fe en la arquitectura, rozando casi lo teológico, intervienen en la ciudad, organizan el territorio, dictan lecciones acerca de la distribución que debe adoptar el mundo, etc., “moldeando” por aquí, “maquillando” por acá, “tejiendo” por allá, etc., a

base, todo ello, de propuestas arquitectónicas, formuladas a manera de “espectáculos monumentales” a los que se dota de dudosos contenidos culturales, espectáculos poseídos, a su vez, de la capacidad de identificar, y clasificar, a las ciudades más brillantes de la tierra, a las únicas ciudades posibles en su imaginación creadora. Para estos “creadores” todo es arquitectura, no concibiéndose cualquier tipo de intervención en la ciudad que no pase por la realización concreta y específica de un determinado edificio o, en el mejor de los casos, y como suelen calificar a este tipo de intervenciones, mediante la incrustación de una “pieza urbana”.

En el amplio mundo de la arquitectura que no renuncia al control de lo urbano caben, también, posiciones más razonables que tratan de hacer posible, con poco éxito, la confluencia de dos disciplinas, la Arquitectura y el Urbanismo, interesadas, ambas, en el proyecto de un mismo objeto. Se intenta, con ello, extender la práctica y los métodos de la arquitectura a todo lo que es y significa la ciudad. Su diferencia con respecto a las prácticas arquitectónicas más clásicas, aquéllas que plantean, llana y simplemente, que la ciudad es arquitectura, estriba en que renuncian a la instrumentación de la hipotética capacidad de los edificios como “artefactos urbanísticos”, dirigiendo su atención, en contrapartida, hacia aquellos otros “elementos urbanos” que configuran relaciones y sistemas propios y específicos del “ente ciudad”. Es el caso, por ejemplo, de los “espacios libres” en sus distintas modalidades, como las plazas, las calles, los parques, las zonas verdes, etc. También acogen, entre estos “elementos urbanos”, a los conjuntos que conforman unidades no identificadas, necesariamente, con los edificios. Sin olvidar, naturalmente, todo lo que expresa formalmente el sistema de movilidad en la ciudad, observándose, todo ello, desde la más estricta jerarquía, es decir, desde la vía destinada al tráfico hasta la senda peatonal, y todo ello, decimos, formando sistemas, es decir, apostando por la idea de que en la ciudad nada está al margen y todo está relacionado entre sí.

Bajo este otro punto de vista, por tanto, la ciudad no se compone únicamente de edificios, sino de otras “formas construidas” que expresan funciones derivadas del uso que se requiere, colectivamente, del “espacio urbano”. Frente a la arquitectura de los edificios, del monumento, de lo singular construido, comienza a valorarse, también, la “arquitectura de las relaciones y de los encuentros”. Porque, efectivamente, y a pesar del cambio operado con respecto a posiciones más “arquitectónicas”, se continúa pensando la ciudad en términos arquitectónicos. Lo que distingue una posición de otra es la apreciación visual que hacen de la ciudad, la atalaya desde donde la observan, las escalas que instrumentan para su análisis y entendimiento. Lo que las reúne e identifica, por su parte, es su base operativa común, es decir, la disciplina de la arquitectura. Entre una posición y otra, decimos, sólo se ha producido un cambio de escala en la apreciación de lo que significa, para ambas, la ciudad. No se ha producido, por

tanto, un cambio cualitativo, un salto dialéctico, sino, simplemente, una diferencia de apreciaciones en el plano cuantitativo.

Para ello, han tomado de la ciudad aquellos aspectos que están más estrechamente identificados con lo que podríamos llamar la “fábrica arquitectónica”, adoptándolos como objetos de proyecto o, en el mejor de los casos, como motivos de “ordenación urbanística”. Se trata de “formas urbanas” que, por su categoría histórica o su valor como artefactos claramente acotados a algún tipo de acontecimiento que rememora la historia de la ciudad, como es el caso de barrios concretos, contenedores arquitectónicos vinculados con un entorno digno de valorarse, recorridos que conforman retazos históricos claves para comprender la ciudad en su conjunto, etc. se remiten a “memorias urbanísticas” muy vinculadas con aquellos ámbitos espaciales que más se identifican con la historia remota de la ciudad. De ahí que el tipo de intervención urbanística a la que más se recurre sea la recuperación, conservación, recualificación de los lugares que expresan e identifican dicha historia. El resto de la ciudad, es decir, los contextos socio-espaciales donde realmente se acumulan y estallan los problemas más dramáticos que expresan, con toda crudeza, las contradicciones que viven nuestras ciudades, apenas son tratados en el marco de estas perspectivas disciplinares que aun recurren a la Arquitectura en la medida en que se muestran incapaces, podemos decir, de renunciar a sus principios metodológicos para inmiscuirse, para comprender y ofrecer una salida a dichas contradicciones urbanas.

Y es, precisamente, este otro acercamiento a la comprensión de la ciudad con el objetivo de abordar el porqué de sus contradicciones, como entidad espacial globalmente considerada, y no exclusivamente aquellas otras que se expresan a través de parciales categorías arquitectónicas, lo que implica aceptar un entendimiento de la misma que, necesariamente, tiene que ir mucha más allá de lo que es capaz de ofrecernos la disciplina de la Arquitectura.

Es este paso, el que va de lo particular, de lo identificado con edificios concretos o categorías urbanas resultantes de procesos históricos aislados, a aquel otro plano en el que tanta particularidad reunida ha producido un nuevo organismo espacial, dicho esto en los términos dialécticos más clásicos, es este paso, decimos, el que hace tomar conciencia a propósito de la adopción de un base metodológica, de proyecto, que va a proporcionar toda su lógica al quehacer del urbanista. Se trata de una toma de conciencia en la que priman “valores territoriales colectivos” frente a “categorías espaciales individualizadas”. De ahí sus preocupaciones sociales, su indiscutible posición política, su militancia como “reformador social”, etc. Y todo ello por cuanto este profesional ha entendido que apostar por el proyecto de ciudad, entendido como la ordenación de su plano urbanístico y territorial, supone inmiscuirse en cuestiones estrechamente vinculadas con procesos, con categorías espaciales que son expresión de rela-

ciones entre partes, con sistemas entendidos como estructuras básicas del armazón urbano y territorial que hace posible la realización inequívoca de lo colectivo.

En torno a estos conceptos, todos ellos vinculados a categorías espaciales relacionadas con lo público, se va construyendo el cuerpo y la razón de ser de la disciplina del Urbanismo y el quehacer del urbanista. El Urbanismo, en esencia, es aquella disciplina que se ocupa de los procesos de ordenación y construcción de la ciudad y del territorio, entendidas estas categorías espaciales en su vertiente pública y colectiva. Al hablar de ordenación y de construcción, por tanto, nos estamos refiriendo a la materialización y realización final de lo público, de todos aquellos elementos y categorías espaciales, presentes en la ciudad y en el territorio, que son utilizados colectivamente. Se trata de elementos que son los que realizan la conciencia de la ciudad como ente colectivo. Es en este sentido como podemos argumentar que la labor del urbanista es proyectar lo público, proporcionando forma y contenido a demandas espaciales concretas, exigidas desde lo colectivo, que se manifiestan a través de las infraestructuras, los servicios, transportes y movilidad, espacios libres, los lugares de la enseñanza, sanidad, actividades cívico-culturales de todo tipo, etc. Y todo ello, formando sistemas, es decir, creando la necesaria armazón colectiva como base inequívoca de lo que debe constituir la razón de ser de la ciudad.

El proyecto urbanístico, por tanto, debe consistir en esto: en ordenar y dotarles de formas y contenidos concretos a espacializaciones referidas a servicios e infraestructuras públicas, teniendo presente su condición de sistemas, es decir, su capacidad para configurar la razón de ser de un territorio urbano.

Pues bien, es en el marco de esta concepción de lo urbano y del Urbanismo, como disciplina de proyecto, donde se ha desarrollado la trayectoria profesional, política y administrativa del profesor Campos Venuti. El texto que aquí presentamos traducido al castellano, *Urbanismo*, constituye una demostración de lo que estamos planteando. Al lector atento de esta disertación -pequeña en extensión pero "grande" por otras consideraciones- no le pasará desapercibido que el profesor Campos Venuti revisa lo que han sido, en el último siglo, la ciudad, el territorio y la planificación urbana (en suma, los procesos que han definido el desarrollo y la transformación de las "estructuras territoriales") y que, en todo ese recorrido, apenas hace referencias -como no podía ser de otra manera- a categorías arquitectónicas entendidas como responsables directas, o impulsoras, de algún tipo de transformación territorial. Tampoco las margina, o las ignora, simplemente las sitúa en su lugar apropiado y apuesta en todo momento, como siempre ha hecho, no por un enfrentamiento interesado, sino por la colaboración de ambas disciplinas, aplicadas cada una de ellas a su campo específico de experimentación.

Con la publicación en castellano de los textos que se recogen en este libro, hemos querido homenajear, sus más entrañables amigos españoles, al profesor Campos Venuti -nuestro amigo Bubi-, por habernos permitido compartir sus experiencias, por honrarnos con su amistad y por hacernos partícipes de sus enseñanzas y siempre discutida dialéctica.

Prueba de todo ello es esta presentación que, sin duda, va a generar una polémica más de las muchas a las que nos hemos enfrentado durante casi el cuarto de siglo que nos ha beneficiado con su amistad.

Roma, diciembre de 2003.

CAMPOS VENUTI: UN REFORMISMO REVOLUCIONARIO

ORIOI BOHIGAS

Estoy convencido de que es imposible hablar del urbanismo moderno en Italia -e incluso en toda Europa- sin hacer frecuentes referencias a Giuseppe Campos Venuti, presente en todos los debates públicos y académicos sobre el tema y sus complejas derivaciones y en un gran número de actuaciones profesionales (tuviesen o no consecuencias ejecutivas). Bernardo Secchi decía en el prólogo de un libro de Campos -*La Terza Generazione dell'Urbanistica*- que sería difícil explicar la historia del urbanismo italiano sin considerar la participación personal -casi la integración biográfica- de personajes como Giuseppe Samonà, Ludovico Quaroni, Luigi Piccinato, Giovanni Astengo y Giuseppe Campos Venuti. Cada uno de ellos marca un escenario propio generado con unas interpretaciones culturales y sociales matizadamente diferenciadas. Y Campos representa en esta serie un punto muy particular, el punto de partida de lo que él mismo ha llamado la tercera generación de urbanistas de después de la guerra: esa generación que, con la experiencia acumulada de las dos anteriores, ha afirmado un método -y una ideología- claramente reformistas. Si la primera generación se tuvo que ocupar de la extensión y la ocupación del territorio -a veces con trámites académicos, a veces con insertos racionalistas- justificadas con las utopías estadísticas de la expansión y apoyadas por el incipiente auge inmobiliario, y si la segunda inició la consideración de centro histórico y la exigencia de un entramado lógico de servicios según previsiones más realistas, a la tercera le ha tocado pasar claramente de la cultura de la expansión a la definitiva cultura de la transformación y, con ello, reformular objetivos y métodos de la planificación urbana para hacerla más comprensible, más realizable, más

exigible y relacionarla más directamente con los procesos proyectuales y con las intenciones políticas. Esta posición, que en muchos aspectos se concreta en la obra y la teoría de Campos, representa un cambio importante en el papel del planeamiento dentro de la compleja constitución del urbanismo, entendiendo éste como una técnica interdisciplinar al servicio de una política urbana. Se mantiene la línea optimista de la tradición moderna pero ya clásica del planeamiento -totalizante, integradora desde los sistemas generales, pero se matiza con un realismo operativo que parte ya de la comprensión de lo particular como paso anterior y propedéutico a la síntesis general. Y esta circunstancia, ese revisionismo tan oportuno de las ortodoxias enquistadas de los planificadores a ultranza es lo que sorprende y admira en cada lectura de un nuevo texto de Campos. Y por ello esos textos son tan eficaces en la maduración del pensamiento urbanístico europeo.

Los que no somos demasiado optimistas respecto a la eficacia del Plan General tal como se vienen practicando en Italia y en España porque no creemos en procesos deductivos a partir de la aceptación de unas hipótesis generales no concretables ni comprobables y porque no lo entendemos como un instrumento suficiente de formalización y gestión, iniciamos la lectura de cada texto de Campos con un cierto prejuicio polémico y hasta batallador, pero enseguida nos rendimos admirativamente cuando nos damos cuenta de que coincidimos en el contenido de los objetivos y en los medios proyectuales de aplicación. Campos debe de ser el primer gran profesional del urbanismo que se atreve a incluir abiertamente dentro de la ortodoxia del planeamiento un realismo menos optimista en el análisis y más operativo en los instrumentos. Y, con ello, establecer los principios de un “urbanismo alternativo” y aclarar definitivamente algunos malentendidos que ha acumulado la discusión a menudo excesivamente literaria entre la ilusión del plan y la eficacia del proyecto.

Dice Campos en *Urbanistica e austerità*:

“El plan urbanístico alternativo (...) no es ya el plan de expansión de la ciudad sino, por el contrario, el plan de su renovación, en la salvaguardia activa de los factores esenciales de la vida urbana: es el plan de las cinco salvaguardias: la pública, la social, la productiva, la ambiental y la programática”.

La renovación -un poco más y ya podríamos decir “reconstrucción” incluyendo los parámetros metodológicos que corresponden a un “proyecto” -implica aceptar muchos principios en los que también creemos los que no creemos demasiado en el Plan General: la compacidad, la incitación de la lectura del espacio público, la actualización interpretativa de la historia, la anulación de los factores disolventes que se han introducido en contra de unas realidades permanentes y significativas, la lucha contra la desurbanización, la introducción cien-

tífica equilibrada -y con bases psicológicas- de nuevos servicios y nuevos ámbitos de respiro e higienización, la creación de identidades, la superación de la metafísica del *zoning* y otras idealizaciones antiurbanas, la lucha contra el despilfarro del suelo y del patrimonio edificado, etc. Todo esto corresponde a aquel modo de pensar que alguien definió como pensamiento figurativo, un pensamiento que sólo se puede expresar a través de la figura, del dibujo, es decir, del proyecto. Todo ello corresponde, por lo tanto -por lo menos en una primera aproximación-, al proyecto urbano, uno de los puntos de partida de una manera revisionista de hacer un plan urbanístico.

Las salvaguardias, en cambio, son opciones políticas, decisivamente políticas, que corresponden a un gobierno con garantías democráticas y que pueden asumir su protagonismo en un planeamiento que ni siquiera tiene que ser diseñado, sino programado: el valor de lo público por encima de lo privado incluso al precisar fórmulas de gestión, la permanencia del poder productivo en la ciudad -en el mismo centro de la ciudad- en contra de la excesiva terciarización a menudo estéril y antisocial, la prioridad de los temas ambientales desde las identidades hasta las urgencias ecológicas, la homogenización de las centralidades, la movilidad como corrección de la descentralidad suburbial, el control estricto desde la política y la participación, etc. Todo esto corresponde a la esfera de la práctica y las ideas políticas y, por lo tanto, no es diseñable, no pertenece al pensamiento figurativo que es el de los arquitectos y el de los ingenieros, es decir, el de los profesionales a los que se adjudica la autoría condicionada de los proyectos. Pero también todo esto constituye un punto de partida fundamental para lograr el adecuado nivel revisionista de un plan urbanístico. Y seguramente debería ser el material que formaría el contenido de un nuevo tipo de Plan General, ya entendido solamente como una proclama política, una propuesta económica, una relevancia estratégica, una manera de entender la vida en una determinada cultura urbana. Es decir, lo que nos gustaría encontrar en los programas electorales de cada partido, en lugar de las habituales frases de complacencia general.

Ya sé que estoy haciendo una interpretación excesivamente implicada con algunos criterios personales y que, por tanto, he encumbrado los aspectos de las teorías de Campos que me parecían más útiles a mis propósitos. E incluso he exagerado algunas derivaciones metodológicas. Pero en esto está el valor de las propuestas -y los retos- camposianos, capaces de sugerir diálogos y de corregir prejuicios. Y ya me parece un reto importante distinguir en el planeamiento dos aspectos simultáneos: el de la composición física y el de los contenidos políticos, los dos basados en la posibilidad de una auténtica democracia, es decir, una democracia de izquierdas como corresponde a los viejos -y a menudo olvidados- principios republicanos. Este es el tono más moderno de las tesis de Campos que se expresan siempre con un magnífico ardor revolucionario a pesar de la voluntad reformista o quizás gracias a esta voluntad. Un ardor en el que el

optimismo indispensable no anula el pesimismo provocado por el reconocimiento de una realidades de depauperación y abandono.

Otro factor que consolida esas tesis es el profundo conocimiento -no sólo descriptivo sino interpretativo- de la historia del urbanismo moderno, sobre todo del italiano. En todos sus textos se dedican muchos párrafos a explicar las razones de algunas de las profundas enfermedades de muchas ciudades italianas, especialmente el retraso con que se han puesto en marcha las correspondientes políticas urbanísticas ya desde la segunda mitad del ochocientos. Esta historia constituye el esquema central de su último texto, *Urbanismo*, consecuencia de una magistral conferencia en el ciclo *Addio Novecento* organizado por unas asociaciones culturales de Bolonia y el Museo Morandi. Se trata del análisis más clarividente -y más apasionado- de la historia del urbanismo italiano desde la postguerra hasta hoy, en la que se sitúan los sucesivos escenarios donde actúan simultáneamente los urbanistas, los legisladores y los políticos y politólogos y donde van apareciendo problemas que amanecen como autónomos -la vivienda, la movilidad sobre goma y sobre hierro, las leyes urbanísticas, las competencias centrales, regionales y locales, etc.- y que acaban explicando en conjunto el entramado tan complejo de la planificación urbana y territorial. Una planificación insoluble, por muy reformista que se plantee, si no se supera la hipócrita falacia de las leyes del mercado y las prebendas de la propiedad del suelo, es decir, si no se imponen las exigencias de unos grados de socialización.

No quiero terminar sin referirme a una anécdota personal. Hace años di una conferencia -creo que fue en Ferrara- sobre el planteamiento urbanístico de Barcelona con motivo de los Juegos Olímpicos de 1992. Dibujé en una lámina improvisada el esquema con el que se situaban en un plano de Barcelona las cuatro áreas olímpicas, según las directrices de un gran cuadrado que se superponía a la mezcla de trazados históricos y que marcaba cuatro ángulos y cuatro itinerarios virtuales que correspondían a puntos y líneas de actuaciones de reconstrucción con una serie de proyectos urbanos que iban a modificar los bordes y los enlaces menos favorecidos entre la ciudad consolidada y la primera periferia. Puestos entonces en la fase más entusiasta de la polémica plan-proyecto, me empeñé en explicar que todo ello se hacía simplemente con el método de la sucesión de proyectos urbanos, aunque a una escala mayor que la de los ensayos realizados los años 80 en el zurcido, reutilización y reconstrucción de los barrios. Es decir, sin acudir al trámite de un nuevo Plan General o a la modificación del vigente.

Al terminar la conferencia, Campos se acercó al estrado y recogió la lámina esquemática y me dijo: "para mí ese esquema es ya un Plan General -un buen Plan General- de toda la operación. Un plan indispensable". Fue una lección que siempre recordaré. En las críticas generalizadas al método impositivo y escasamente proyectual, a la abstracción cuantitativa del Plan General, habíamos olvi-

dado que el maestro Campos ya había propuesto fundamentales cambios de método, de objetivos y de operatividad. Que a un plan, para que se incardine realmente en un proceso de realización urbana, eficaz y solvente, sólo se le requiere que señale aquellos dos caminos del pensamiento y, por lo tanto, del conocimiento: el figurativo y el político. Desde entonces, he sido más respetuoso -aunque más exigente y más selectivo- con los planes, en homenaje al buen criterio de Campos. Pero también he sido más crítico con la legislación urbanística de muchos países -sobre todo Italia- que establecen unos trámites y unos contenidos que imposibilitan aquel incardinamiento en la realidad urbana. ¿No será que los legisladores se ven incapaces de plantear el pensamiento político (que casi nunca existe o casi nadie lo explicita) y piensan que para disimular hay que cargar al pensamiento figurativo de contenidos que sobrepasan sus posibilidades y sus objetivos? ¿No será que para esconder la ausencia de la política, los políticos se han inventado la normativa de unos Planes Generales inútiles, improductivos y finalmente, apolíticos en su mismo figurativismo?

Junio 2003

GIUSEPPE CAMPOS VENUTI: EL SALUDABLE OPTIMISMO DE UN VETERANO RESISTENTE

JESÚS GAGO

“Tengo por costumbre -nos viene a decir Campos al final de su particular despedida al *Novecento*- no terminar nunca mis intervenciones de forma pesimista”.

Con cierto desenfado, pero deseando no traicionar su autenticidad, me atrevo a traducir esas palabras del siguiente modo:

“a pesar de todo lo dicho... sigo manteniendo mi propósito de siempre: evitar por encima de todo que mi visión de la realidad acabe convirtiéndose en un mensaje de desaliento”;

o, dicho todavía de otro modo:

“considero que es mi deber seguir transmitiendo a los demás el entusiasmo que siempre he puesto en conseguir las cosas, aunque tantas de ellas finalmente no hayan tenido lugar o, incluso, hayan terminado más bien por fracasar”.

Y es que no he conocido hasta ahora a nadie tan capaz como Campos de mantener vivos, simultáneamente, el máximo grado de entusiasmo y de penetrante lucidez; a nadie que haya conseguido sacar tanto partido de la combinación de ambos ingredientes; a nadie, en suma, con el mérito y el coraje que se precisan para no descorazonarse después de haber levantado acta de tantos fracasos como han jalonado el incesante combate que, en su condición de urbanis-

ta, ha venido desplegando con inusual entrega y brillantez a lo largo de su vida en múltiples y variados frentes: docente, profesional, político y editorial.

Al iniciar así estas breves líneas de cordial agradecimiento a “mi respetado profesor”, rememoro viejos, quizás demasiado viejos tiempos.

Corrían los años 70 cuando algunos, recién iniciados en la vida adulta -en la práctica profesional (de urbanista en mi caso) y en la acción política, en un proyecto por entonces conjunto y no escindido (sino todo lo contrario)-, nos acercábamos fascinados a la Italia de ese momento.

De aquellos tiempos data el descubrimiento de unas palabras que a mi entender condensaban de modo insuperable el código de conducta del intelectual comprometido: “el pesimismo de la razón y el optimismo de la voluntad”.

De frecuente utilización en los círculos de izquierda, la paternidad de esa máxima se atribuía sin discusión -y todavía se sigue atribuyendo, según creo- a Antonio Gramsci, fundador del Partido Comunista Italiano y máxima autoridad intelectual de éste pero también de “las otras izquierdas”. Luego el estudio me hizo saber que aquél no había hecho sino tomarla de prestado de otro intelectual -Romain Roland- paradigma del intelectual comprometido, quien tuvo el mérito de teorizar sobre esa condición en Francia, allá por los años 20 del pasado siglo.

[Cuán raro se nos hace todavía a los hijos de ese siglo ya transcurrido referirnos a él como si perteneciese indefectiblemente al pasado, al igual que en nuestra juventud se decía despectivamente de algo o de alguien que era “del siglo pasado”; pero no, quizás no sea extrañeza sino simple desazón al comprobar -y asumir- que tantas y tantas ilusiones como las que alumbraron en ese siglo y en el inmediatamente anterior, lejos de prefigurar el futuro deseado, han quedado, si no sepultadas, sí disueltas y desdibujadas, en el mejor de los casos, en un panorama poblado de gris].

Pienso que hacer frente a la melancolía o al desaliento y seguir -una vez más- el ejemplo de Campos, como si de un consejo -o una consigna- se tratara, puede ser la mejor forma -y espero que la más saludable también para él- de rendirle el reconocimiento y el agradecimiento que, por encima de cualquier otra consideración, quiero expresar en esta ocasión que amablemente se me ha brindado.

Además hacerlo ahora, cuando se abre en nuestro país una etapa con un crédito renovado para imprimir un cambio de rumbo, constituye -creo yo- una obligación moral.

Vayamos a ello, pues.

Identificar los logros urbanísticos alcanzados en los veinticinco años largos que han transcurrido desde que España recobró la democracia, no resulta fácil en estos días que corren, dominados por lo que alguien acaba de bautizar -con fortuna- como “economía de ladrillo y cemento”. Y ha de resultar todavía más

difícil a quienes -como uno- han terminado por llegar al convencimiento de que, más allá de la novedad de su denominación, no hemos conseguido liberarnos jamás de ese dominio, desde que el franquismo pusiera en pie, allá por los años 60, aquello que llegó a conocerse como “desarrollismo”. Incluso, en algunos aspectos, estamos ahora más atezados e hipotecados que nunca¹.

Nuestras ciudades han cambiado, es cierto, y sobre todo han cambiado nuestras periferias, en un proceso que, por lo complejo y contradictorio, no me parece que pueda ser encasillado en una de las tres generaciones urbanísticas que, a modo de “estratos”, Campos nos propone como herramienta de análisis histórico: un proceso en el que la transformación no ha resultado ser atributo genuino de la “tercera generación (urbanística)” y, en cuanto tal, exponente de la superación de la etapa precedente -la expansión-, sino que más bien ésta ha seguido siendo el rasgo dominante de un periodo en el que simultáneamente se han registrado *transformaciones* urbanas de enorme alcance y profundidad.

Centrando la mirada en esas periferias, particularmente en las madrileñas, que son las que conozco más de cerca, resulta evidente que los cambios registrados en las dos últimas décadas han supuesto un vuelco radical en las condiciones de vida de sus habitantes: la carencia de todo, o de casi todo, que había marcado sus orígenes en el precedente periodo de expansión (los 60 y primeros 70), ha dejado paso a una situación que en muchos aspectos -singularmente los relativos a todo tipo de dotaciones y servicios- resiste bien la comparación con estándares urbanos más bien exigentes.

Y esto vale tanto para las periferias “interiores” -es decir, las que fueron transformadas gracias a la gran intervención pública e integral de los 30 barrios en remodelación que, gestada a finales de los 70, apenas acaba ahora de culminar-, como para las “exteriores”, en donde más allá del protagonismo de la iniciativa privada en la producción de las casas, el principal motor del cambio reside igualmente en el grandioso esfuerzo de inversión pública en la provisión de los mencionados servicios.

Por resumir -y aun a riesgo de ser tachado de simplificador- me parece que puede afirmarse que en esa superposición de procesos de expansión y transformación, los últimos han corrido principalmente a cargo del esfuerzo público, mientras que el mercado y la iniciativa privada no sólo se han limitado a mantener -como siempre- el protagonismo en los primeros, sino que además han visto potenciado su negocio y han visto abrirse nuevos horizontes de expansión gra-

¹ Por cierto, escucho en la radio, hoy mismo, que el gobernador del Banco de España (nada menos) acaba de prevenirnos reiterando la advertencia -cada vez menos velada- sobre la inviabilidad de un modelo de crecimiento basado principalmente en la construcción (de viviendas) y en el consumo interno.

cias -precisamente- a la tarea transformadora que el sector público ha llevado a cabo.

Si trascendiendo la dimensión cuantitativa de esos cambios centrásemos la atención en sus aspectos cualitativos -en la arquitectura por ejemplo- podría verificarse una vez más el trascendental papel que con elemental justicia ha de atribuirse al carácter público de las indicadas iniciativas.

Con todo, y por continuar con la realidad madrileña -aunque seguramente no sea algo exclusivo de ella-, hay otra transformación aún de mayor calado y alcance: la experimentada en el transporte público y sus infraestructuras.

En mi opinión, ese cambio no sólo ha tenido consecuencias directas sobre la vida de la gente equiparables -como mínimo- a las anteriormente mencionadas al referirnos a la superación de las carencias en otras dotaciones y servicios, sino que además ha ampliado el ámbito y la escala de sus efectos mucho más allá de la realidad urbana de cada uno de los núcleos o ciudades periféricas, induciendo una auténtica transformación *territorial*.

De ese modo se ha propiciado la conformación del nuevo espacio-soporte de un sistema económico renovado -aunque no de modo suficiente-, cuya organización y funcionamiento hubieran sido impensables sin ese previo impulso de transformación territorial.

De hecho, sin pretenderlo -o al menos sin perseguirlo expresamente- esa política y sobre todo esas realizaciones en materia de transporte público constituyen prácticamente el único vestigio de una política y de un "planeamiento territorial" que, fuera de eso, o no ha existido o desde hace ya muchos años ha venido saltando de una a otra banalidad, hasta acabar en la completa renuncia a la definición racional y voluntaria de un modelo territorial.

La sola y superficial observación de las dimensiones que, en pocos años, a partir de la mitad de los 80, han llegado a adquirir en España las redes de ferrocarriles de cercanías en tantas ciudades y regiones, la frecuencia de sus servicios, sus tarifas, el espacio y del volumen de demanda que cubren; la observación simultánea -una vez más en la región madrileña- del trazado, dimensiones y características en general de las infraestructuras del metro (con 12 líneas -contando el nuevo Metrosur- que totalizan 230 kilómetros y 238 estaciones, con una de esas líneas que conecta el punto actualmente más céntrico de la capital -es decir, el centro de negocios- con el aeropuerto nacional e internacional en apenas doce minutos, a precio de un trayecto ordinario y tras haber facturado en aquél el equipaje), el sistema de tarifas y sus precios, la gestión relativamente integrada de aquél con los autobuses urbanos, al menos en lo relativo al billete combinado... todo ello supera con creces cualquier proyección, por optimista que fuese, del más entusiasta entre quienes a comienzos de los 80 defendíamos con vehemencia el transporte público considerándolo -con

más ingenuidad que sectarismo- como el signo por excelencia de la “izquierda urbanística”. Ni siquiera el propio Campos –que, en su condición de asesor del equipo redactor del Plan General del 84, tanto nos reconvinó por el tímido “realismo” de lo que en ese plan planteábamos en lo referente al metro-, pienso yo que podría haber imaginado por entonces -y menos aún se hubiese atrevido a proponer- una red de dimensiones y características como las que ha terminado por tener la madrileña en plazo relativamente tan breve... y, desde luego, menos aún cabía imaginar que tales realizaciones, en lo que al metro se refiere, hubiesen podido ser propuestas y llevadas a cabo por la derecha una vez desalojada la izquierda del poder regional y local (del gobierno de la capital primero y, a continuación, del gobierno de la Comunidad).

Así pues también hay en esto transversalidad porque, si bien tanto las propuestas como el impulso dado a las principales realizaciones de la red ferroviaria de cercanías han de ser puestas en el haber de los gobiernos de izquierda (central y regional), nadie puede poner en duda que lo relativo a la moderna ampliación de la red de metro ha de serlo en el de la derecha², lo cual no le redime por completo -ni mucho menos- de su inconsecuencia en el simultáneo sostenimiento y estímulo a los procesos de dispersión de la vivienda -con el consiguiente derroche en la construcción de infraestructuras viarias- y de abandono de las políticas de descentralización y de creación de nuevos polos de centralidad.

Cuestión distinta es la de si tanto ésta como algunas otras prácticas **objetivamente**³ “reformistas” -por utilizar el término que a Campos tanto le gustan pueden atribuirse desde el punto de vista político tan sólo a la izquierda, como antes creíamos o si, por el contrario -y pese al indiscutible protagonismo de ésta-, han terminado por ser mucho más transversales de lo que se pensaba entonces, cuando apenas comenzaban a ser algo más que una idea o un “estandar-te”.

Cosa también distinta y muy pertinente sería la discusión sobre si, en una alternativa más radical, frente a este reformismo de la derecha -un poco “faraónico”, sin duda-, no hubiese sido deseable detraer o cuando menos dilatar en el tiempo parte de los inmensos recursos que ha sido preciso movilizar para destinarlos a la satisfacción de otras necesidades sociales que la derecha por lo general suele desatender ninguna de ellas.

² Más de 100 km, prácticamente la mitad de la actual red de metro madrileña, se han realizado desde 1995, en apenas 10 años, mientras la derecha gobernaba en los tres niveles del poder (el central, el regional y el municipal).

³ Subrayo el término para indicar que, en esos casos, la prevalencia del resultado termina por hacer que sea, si no irrelevante, sí relativamente indiferente la intención principal del sujeto político: fuese ésta la consecución del fin último o, por el contrario, la movilización de medios y recursos para alcanzarlo.

Lamentablemente aquí terminan los (más importantes) logros del periodo a que me vengo refiriendo o, al menos, los que cabe destacar en especial por el hecho de que, además de tener una mayor importancia en sí mismos, son universalmente compartidos como tales. Y así, como tal reconocimiento no puede equivaler a negar la existencia de otros más controvertidos o de menor relieve, tampoco debería contribuir al ocultamiento de sus aspectos discutibles -que sin duda los hay- o de algunas deficiencias que ensombrecen algo el éxito; como tampoco puede llevar a concluir que es poco lo que queda por hacer o que no quepa ni siquiera alguna posibilidad de retroceso sobre lo ya hecho⁴.

Así pues, antes de pasar página para seguir dando un repaso al urbanismo de estos años pasados, pero ahora en otras facetas más dominadas por las sombras que por las luces, creo que es oportuno señalar -sobre todo por lo que de autocrítica conlleva- una de las principales carencias de esas transformaciones urbanas antes reseñadas: examinadas como exponentes del paisaje urbano, esas nuevas intervenciones -particularmente las de "extensión"- en raras ocasiones han conseguido soltar el lastre negativo de su condición periférica. El proyecto urbano al que cada una de ellas responde ha sido con demasiada frecuencia superficial, mimético, manierista y más bien pobre en el repertorio de elementos manejados, sin que la arquitectura, con frecuencia brillante -a veces con exceso de preocupación por serlo-, haya conseguido redimir o enmascarar las antedichas limitaciones.

A mitad de camino entre la esperanza y el desánimo, han de situarse -en mi opinión- las políticas y las intervenciones sobre los centros históricos. Éstas, por seguir con el repaso de los mismos *ítems* que Campos aborda en su *Addio al Novecento*, presentan en nuestro país un balance ciertamente contradictorio, sobre todo cuando se efectúa desde el ángulo de la triple y unitaria salvaguarda -arquitectónica, social y funcional- que aquél formulase hace ya tantos años y que ahora de nuevo nos vuelve a recordar. No obstante, han dejado muestras en sí mismas de extraordinario valor (Oviedo, Vitoria-Gasteiz y tantas otras) que han terminado por convertirse-merecidamente- en símbolo de que "otro mundo es posible". Junto a ello -y una vez más- la acusada transversalidad que evocan vuelve a recordarnos la necesidad de revisar críticamente el simplismo de algunas de nuestras arraigadas convicciones.

Las propuestas programáticas que el actual gobierno municipal ha formulado sobre la recuperación y rehabilitación de algunos barrios del centro de Madrid serán sin duda una piedra de toque sobre los límites -si los hay- a esa transversalidad.

⁴ Quien haya visto, por ejemplo, lo que fue el (mítico) sistema de transporte público londinense y lo que hoy es, tendrá que convenir que hasta la vacuna más efectiva y estable lleva fecha de caducidad.

Pero al mismo tiempo, a la vista de algunas demoliciones recientes o ya no tan recientes -más bien silenciosas, pero no por ello anecdóticas o esporádicas- parece vislumbrarse una fatídica vuelta al origen, eso sí, en versión actualizada. Es como si estuviera cerrándose el círculo después de haber conseguido rescatar cultural y políticamente los múltiples y diversos valores inherentes a los centros históricos colocándolos -no demasiado a destiempo- en un lugar de la atención pública que permitió detener e invertir un proceso amenazante y acelerado: la destrucción que, animada por una ideología de la modernidad francamente cutre y provinciana, acompañó el *boom* de los años de auge del “desarrollismo” e hizo algunos estragos bien significativos aunque de desigual alcance.

Por su parte, el régimen de suelo, al final de su “zigzagueante” trayectoria a través de innumerables “inventos” legislativos, ha terminado por sucumbir, a golpe de ideología neoliberal, ante la absoluta -y asfixiante- centralidad del negocio inmobiliario en nuestro peculiar proceso de acumulación. Incluso en aquellos lugares en los que la innovación legislativa tuvo más consistencia -destaca en ello la ley valenciana-, ha sido imposible sustraerse o siquiera contrarrestar una avalancha tan potente como la que ha arrasado por doquier en el último ciclo de ese negocio.

Junto a la generalizada acción devastadora, varios son los “efectos colaterales” que ha provocado este último huracán especulativo. En primer lugar, esta nueva “fiebre del oro”, que a la derecha política no parece inquietarle sino más bien lo contrario, se ha extendido ahora como una letal epidemia que ha determinado o, al menos, contaminado la conducta de ediles de todo signo⁵.

Es como si hubiesen encontrado un atajo más directo -y desde luego más entretenido- para dar cumplimiento al mandato constitucional de recuperación pública de plusvalías: participando de lleno, “sin complejos” y con particular protagonismo, en ese negocio inmobiliario. Que en ese empeño hayan tenido que dejar a un lado el envés de ese mismo mandato constitucional -“*la regulación de la utilización del suelo para impedir (sic) la especulación*”- es algo que, de momento, ha sido reprochado sólo o principalmente por quienes, desde el otro lado, han compartido mesa y mantel en ese negocio.

Pero probablemente haya sido aún mucho más grave y difícilmente reparable otro de esos perversos efectos: la objetiva contraposición de intereses entre un sinfín de agraciados en esta peculiar lotería que toca siempre a todo el que lleva algún número -en el país que ostenta el *record* de más alta cuota de propietarios de vivienda -de primera y de segunda(s) residencia(s)- y la relativa minoría de quienes no ven manera de poder hacer frente al esfuerzo económico

⁵ Desgraciadamente una fiebre similar tuvo ya ocasión de manifestarse a finales de los ochenta, con algunos destacados representantes políticos de otro signo alentándola de manera impropia e irresponsable, ya fuese desde el gobierno central, ya fuera desde el municipal.

que supone vivir bajo un techo que no sea el de sus padres. Contraposición que, precisamente por ese acusado desequilibrio numérico, imposibilita o, cuando menos, dificulta gravemente la adopción de cualquier tipo de medida correctora que no sea la de acabar subvencionando con dinero público la especulación.

Finalmente, y sin pretensión de agotar la lista de aquellos efectos, no quiero terminar sin mencionar la “obsolescencia” que el comentado fenómeno ha provocado en algunos de los instrumentos de articulación de política de vivienda y de suelo que en su día ideamos -¿recuerdas Campos?- y que, con tenacidad digna de mejor causa, conseguimos ver incorporados como algo normal en las leyes del suelo de tantas comunidades: la vinculación del uso del suelo a la vivienda social o protegida.

Madrid, marzo de 2004.

ANTE EL URBANISMO: UNA ACTITUD DIVERTIDA Y PARTISANA. COMPARTIENDO EL ENTUSIASMO DE CAMPOS

EDUARDO LEIRA

No me llames iluso porque tenga una ilusión. Es una frase hecha, de origen publicitario, que hoy, en España, ha llegado a estar acuñada, con su música, más allá de su específico uso para anunciar una lotería. Con la calidad de sus campañas publicitarias, la entidad social que organiza los sorteos se ha caracterizado, con sus éxitos, por su coherencia y, por encima de todo, por su tesón... de ahí que la ilusión adquiera –más allá de su referencia lotera- una dimensión más profunda, de afirmación en lo ilusionante, frente a lo ilusorio y al ilusionismo, tan implícitamente vinculados éstos últimos a la imagen que de los políticos van adquiriendo, y de forma creciente, los ciudadanos.

Campos Venuti ha tenido siempre una ilusión. Ya ejercida y constatada, la mantiene también con tesón. Resumiéndola en un término que, para quienes no conozcan su contribución, quizás pueda resultar excesivamente esquemática, *la ilusión de Campos es la "urbanística reformista"*. En este pequeño ensayo -en definitiva una conferencia transcrita- Campos muestra en todo caso su rigor, su reconocida capacidad de síntesis y, más allá de estas indiscutidas cualidades, su capacidad también para comunicar, y enganchar, con la ciudadanía, a la que, en último término, dirige éste al igual que otros muchos ensayos anteriores de mayor alcance.

“Creo sólo en los cambios que se llevan a cabo cuando la gente está convencida de que sirven. En resumen, creo que, también en el urbanismo, cada mejora depende de todos nosotros”. Así es como termina la conferencia recogida aquí, respondiendo, quizás en mayor medida que en sus libros más

elaborados, a su afán de divulgación y movilización social. No obstante, y más allá de esa afirmación genérica, esencialmente democrática pudiéramos decir, se encierra la convicción, avalada en su experiencia política -y no sólo profesional- de la *necesidad de convencer*. Es decir, de la dificultad, por no decir imposibilidad, de saber -y en menor medida imponer- lo que a la gente le debería gustar, desde un iluminismo vanguardista (tan propio por otra parte de los arquitectos) del que la izquierda va difícilmente deshaciéndose y que pudiera pretender heredar la derecha que paradójicamente se denomina liberal.

Para convencer se necesita ilusionar, enunciar objetivos, transmitir empeños y, en éste campo, *proponer proyectos ilusionantes*, algo que compartimos, como tarea y como dedicación, con el maestro y amigo Campos. Hemos compartido reflexiones y experiencias. De ahí la sintonía con su autocalificación, de *"aproximación partisana"*. Tiene difícil traducción española pero compartimos esa aproximación, en el contexto de la "ilusión". También sabemos y hemos vivido, sin renuncias y sin cuestionar *per se* lo "académico", lo que puede significar esa alternativa, aún en ausencia de la épica extrema de haber saltado en paracaídas en la Italia fascista dominada por la Alemania de Hitler. También resistencialmente vivimos -con todo lo que contenía de ilusión- el antifranquismo militante que construía el futuro democrático del país.

Además de partisano también académico, nos recuerda Campos. Por supuesto, y con el rigor que le caracteriza cuando analiza, como base de su discurso, las generaciones de la Urbanística. Éstas se derivan de la caracterización de los procesos urbanos respecto a los que significaron una respuesta urbanística de distinta índole. Reconstrucción, Expansión y Transformación son los tres procesos-etapa que propone Campos, como categorías europeas, más allá de las diferencias que señala como específicas en las ciudades italianas: la derrota o sumisión ante el tráfico, convertido el canto a la goma y su sesgado soporte en malformación genética, males que también resultan generalizables.

No obstante, las diferencias procesales y el papel y peso del inmobiliario en los países del Sur europeo: Italia, España y Portugal, así como Grecia, marcan la diferencia con los del Norte, en que el proceso de formación del sistema urbano se hizo de modo más gradual, a lo largo de un periodo mucho más prolongado.

Italia, como primer paradigma de los "milagros económicos" europeos, y después España, presentaron un proceso de formación del sistema urbano tan tardío como acelerado, y por tanto apresurado, que dejó tanto atrás, sin hacer. La máxima expresión de esas carencias fueron las periferias en el periodo-proceso de Expansión de las grandes y no tan grandes ciudades, de los años 50 y 60 en Italia y de los 60 y 70 en España. En menor medida durante el proceso mismo -manifiestamente carencial-, y sobre todo después, es la Urbanística reformista con la que los Ayuntamientos, a posteriori, completaron y mejoraron

esos barrios. Ello se hizo con un nivel de inversión pública que -sin que esté suficientemente reconocido- parece que contribuyó en significativa medida, al menos en España, al importante déficit público acumulado antes de Maastricht.

La mejora, en España, se produjo en los años 80, apoyada además en la oleada de Planes (Generales) municipales que los nuevos Ayuntamientos democráticos pusieron en marcha. El proceso coincide con la transición política, momento de intensidad y entusiasmo de cambio ciertamente irrepetible. Fue aquí, y en ese tiempo, cuando la ilusión reformista de Campos aplicada a la Urbanística se plasmó quizás en mayor medida, empezando con el Plan de Madrid de 1985, como referente europeo en que participó como asesor, con la intensidad y compromiso que le caracterizan.

Todavía recuerdo la conferencia que, de forma tan entrañable, me obligó a dar en italiano en un evento en la Feria de muestras de Bolonia, a mediados de los años 80. La escribí de entrada, él me la tradujo -contribuyendo sin duda a mejorarla- y la noche antes, en su casa, dónde nos alojábamos J. Gago y yo inaugurando su habitación de invitados, leímos y releímos la conferencia, ya escrita en italiano, tratando de que mi pronunciación no desluciera el esfuerzo común, que pocos hubieran podido concitar como Campos.

Más allá de las entrañables anécdotas, mucho tenemos que agradecerle, a su tesón y rigor, en el Plan de Madrid. No es que nos faltasen, pero con Campos se reforzaron.

No sé si paradójica o comprensiblemente, pareciera, por lo que el propio Campos relata, que la continuidad de la Urbanística reformista, tras el proceso de Expansión, se ha aplicado en mucha menor medida en Italia. En los años 70 íbamos a Italia a aprender, a beber en las fuentes, de hecho del reformismo, por más que también viviéramos, tanto allí como aquí, la contestación al mismo, que Campos cita referida al PCI y que, fuera de éste (y aquí del PCE), se daba aún en mayor medida. No obstante, fuimos nosotros, en España, quienes aplicamos e hicimos la gran reforma urbanística, con nuestros planes pero también con proyectos, incluso enfrentados a aquéllos. En los años 80, e incluso los 90, son nuestros colegas italianos los que han venido a ver los resultados en las ciudades en España... donde se han hecho proyectos urbanos.

“Urbanística reformista”, en la formulación -e ilusión- de Campos, es, ante todo, un enfoque, una actitud... ante las cosas “divertidas”, en las que se puede creer y por las que merece la pena apostar. ¡Cómo comparto esa actitud! La acepción, sin duda más amplia, del término “divertido”, dice Campos que es romana. Yo agregaría que también es madrileña, sirve para calificar, con controlada ambigüedad, las cuestiones interesantes, ¡en las que merece empeñarse!.

Esta actitud ante la Urbanística engloba, y requiere, en cada caso, sin recetas previas ni estereotipables, una adecuada dosis de plan y proyectos. Pero,

sobre todo, sin recetas, siempre simplistas. Un plan de proyectos, proyectos urbanos apoyados en un plan o planes... que los habiliten. Muchas son las combinaciones, que no una "fórmula" mágica única.

Con acierto, en la contraportada de este librito en su edición italiana, se describe a Campos Venuti como "animado de una firme y entusiasta voluntad proyectual" que entiendo que supera la reductiva polémica -que él mismo remite a los años 80, pero que pervive- entre planes y proyectos, polémica liderada en aquel momento por el "ventajista" Bohigas, que podía dedicarse a su línea de "proyectos", ya que contaba con el magnífico, pero sobre todo funcional, Plan metropolitano de Barcelona de Solans, de finales de los 70.

Ya en otros lugares me he referido al "plan" implícito que Oriol Bohigas construye para Barcelona, base del desarrollo olímpico: lo que he llamado el "Plan de las cuatro esquinas". Fue quizás el mejor "plan" urbanístico de los años 80, plan de alcance "estratégico" pero no de estereotipada denominación como tal.

Lo discutimos en común en una jornada que con ese objetivo organizó el propio Campos en Bologna, en el Instituto Gramsci, en algún año de los 80. Oriol defendía los "proyectos" y explicó sin embargo el mejor plan. Yo defendía el "plan" y mostré el contenido conceptual, proyectual, del Plan de Madrid. Campos concluyó con una lúcida reflexión integradora, escatológica referencia a Dios y al diablo, con papeles que, como en otros tantos aspectos, parecieran confundidos.

La línea proyectual, con renovado entendimiento conceptual del plan de estructura, estaba ya apuntada en las "operaciones estructurantes" de las últimas versiones del Plan de Madrid de 1985. Dentro de su "enciclopedismo" redentorista, sin que se haya hecho hincapié en ello, ¿cómo evolucionó el Plan a lo largo de su reducido período de redacción, de apenas cuatro años!

La concepción estructural proyectual fue tomando cuerpo, aún en mayor medida (con un protagonismo que no constituía antítesis sino complementariedad, e incluso base, al enfoque normativo), cuando las ciudades, formado ya el sistema urbano en España, se adentraban en el proceso-etapa que, con compartido acierto, Campos califica de "Transformación". Aunque necesaria en todo Plan General -y ese es un handicap para aceptar ahora su redacción- la generalizada componente reguladora normativa tenía mayor sentido en el proceso-etapa de "Expansión". Se trataba de regular lo "normal" -lo que justifica la norma- cuando se estaba creciendo o se había de completar lo que ya se había generado de modo aforme.

Cuando, intermitentemente, y en distintos eventos urbanístico-culturales, he venido coincidiendo con Campos, he ido mostrando propuestas crecientemente proyectuales y, en menor medida, de regulación, aunque también hayan

siempre de serlo. Siempre he encontrado por su parte el interés (¿divertido?) y el entusiasmo (¿partisano?) que compartimos... y que a mí me ha llevado, cada vez en mayor medida, a desarrollar planes a partir de proyectos... o, de forma creciente, proyectos que puedan requerir un plan en que apoyarse.

Aunque no sea lo más generalizado, entiendo que la aproximación específicamente proyectual está marcando la diferencia en los planes que se abordan en el marco de la especial modalidad de “transformación-expansiva” que se está dando en España, con su progresivo crecimiento de rentas, que no demográfico. Esto es algo nuevo y poco conocido, por más que sobre ello se vengán haciendo simplistas y rotundas afirmaciones que casi nunca están apoyadas en un conocimiento real y sistemático del fenómeno.

Éste se caracteriza por un aumento desaforado tanto del parque de viviendas como, sobre todo, de su precio, que además aparece marcado por el de las áreas centrales y periféricas inmediatas y que es indiscutiblemente alto. Los menores precios están más lejos del centro, en el ya clásico –pero al parecer olvidado- *trade off* entre renta del suelo y costes de transporte que ya analizase Alonso hace 50 años.

Es un fenómeno nuevo, con base y razones distintas al crecimiento demográfico (vegetativo y de migraciones interiores, en el trasvase campo-ciudad) que dio lugar a la formación tardía y acelerada del sistema urbano en España. Se expresa en una demanda creciente de mejora de vivienda en una sociedad en que este bien pasa a ser el que más tarde se acompasa a la mejora de la renta.

El fenómeno actual es diferente de aquel basado en el crecimiento demográfico y, más allá de la alarma de los precios –lógica, en términos sociales- está pendiente de analizar y entender. Se ha tratado de abordar y encauzar mediante una Urbanística que se pretende en parte reformista pero que responde, en teoría, a una liberalización seguramente imposible cuando pretende además ser reglada y no espontánea. Es decir, legal.

Ese reformismo, aplicado con rigor en España, ahora deriva en el proceso difícilmente calificable de algo distinto a lo kafkiano en que se ha convertido, en su degradación burocrática y en su legalmente forzada reverencia sectorial, la redacción de Planes Municipales Generales de Ordenación Urbana.

La renovada “Expansión” en la España de los 90 y primeros años de este nuevo siglo, con ocupación de una progresiva mayor cantidad de suelo urbanizado por habitante, tuvo también, al parecer, según nos cuenta Campos, su antecedente inmediato en Italia, con el desfase temporal que semejantes procesos presentan en ambos países. Pese a que mucho se habla, poco se sabe y menos se entiende, el enloquecido proceso inmobiliario en el que, como decía un profesor norteamericano de *Real Estate*, lo importante no será haber entrado el primero –que ya muchos habrán perdido el tren- sino saber salirse el prime-

ro... cuando llegue la crisis de lo que ya algunos llaman la “burbuja inmobiliaria” o lo que, en todo caso, será una ralentización del proceso de transformación con nueva expansión.

Lo que se llegará a cuestionar a medio plazo es el crecimiento genérico. Parece difícil, sin embargo, que lo sean las actuaciones excepcionales. Los proyectos urbanos “especiales” van cobrando una significación y relevancia creciente, como motores, catalizadores o inductores de la “Trasformación” en el marco de una ya acuñada, al menos en España, Urbanística reformista.

En este momento, como opción personal, intento no redactar Planes Generales salvo que resulte imprescindible. Es decir, cuando puede constituir, como en el caso de Avilés, en Asturias, la base para poder habilitar el proyecto urbano (de transformación) de la nueva centralidad en el entorno de la ría. O, por el contrario, como hubiera podido resultar en El Prat de Llobregat, en Barcelona, o puede ocurrir en Almería, en donde el Plan General puede llegar a ser una necesidad derivada, que surge una vez que se ha planteado, de entrada, el gran proyecto de transformación. Este tipo de proyectos son los que constituyen hoy el interés y mayor atractivo en nuestras ciudades.

El Prat de Llobregat, Avilés y Almería, fueron los tres casos de proyectos urbanos que mostré en Milán, en el encuentro que se celebró en mayo de 2003 bajo el lema *Amministrare l'Urbanistica trent'anni dopo*, en explícito homenaje a Campos.

Son, por otra parte, cada vez más frecuentes los casos en los que, cuando se lanza un proyecto urbano de gran calado, en principio puntual pero que, en su alcance –y en las posibles soluciones estructurantes–, desborda los límites del acotado ámbito inicial, surge y se reclama la conveniencia de contemplar, al unísono, el conjunto del municipio o, incluso, el ámbito metropolitano más amplio.

Si bien puede ser esa la reclamación que los proyectos desencadenan –tan ortodoxa como abstracta– lo que ocurre, de hecho, es que esos grandes o no tan grandes proyectos –pero en todo caso, singulares– pasan a ser el “núcleo” duro, el meollo... de los planes, tanto municipales como, incluso, de ámbito territorial de varios municipios.

Sin duda, así ocurre en una aproximación al planeamiento general municipal y territorial bien distinta, o al menos conceptualmente en otra onda, a la kafkiana evolución burocratizada de los Planes legalmente establecidos en tanto simplón sumatorio de consideraciones sectoriales, expresión aún más ramplona de feudos competenciales unidimensionales, lo más opuesto al territorio que es esencialmente multidimensional y reclama, por tanto, soluciones proyectuales integradas, sintéticas.

Aquí y allí, en España e Italia, se suscitan cuestiones similares en el marco de una evolución que, también con rasgos comunes, parece sin embargo ser hoy bien distinta en el campo urbanístico. En el fondo, pareciera que la Urbanística reformista, en formales derivaciones burocráticas, ha tenido su expresión en España en la profusa legislación urbanística de las regiones (comunidades autónomas). En el resumido referente de este librito, y en el Seminario de Milano del pasado año, se aludieron a casos, quizás aislados, que serían la expresión hoy de esa Urbanística en Italia.

Pareciera que las actuaciones proyectuales, más en España que en Italia, fueran adquiriendo, aún en un marco de sucesiva y siempre mayor complejidad urbanística, el atractivo y el protagonismo que, en la visión *divertente* y partisana de Campos, entiendo que serían las que él apoyase con el entusiasmo que siempre hemos compartido.

Febrero de 2004.

CAMPOS, PROFESOR Y URBANISTA

JUAN LUIS DE LAS RIVAS

Siempre he pensado que el juicio que queda en la memoria de los buenos estudiantes que han pasado por las aulas de un profesor es definitivo. Y los estudiantes que fueron a Milán desde Valladolid a finales de los años 80 y primeros de los 90 hicieron crecer en mí el respeto que ya tenía hacia Campos. Su admiración era unánime. Describían a un profesor grave y exigente, comprometido con sus clases, en las que transmitía intensamente su conocimiento. Además, era capaz de interesarse personalmente por cada estudiante. Campos representa un tipo de profesor poco habitual. En su curso de Urbanística II, entonces denominado *Sviluppo urbanistico e struttura immobiliare: leggi, piani e realizzazioni*, nuestros estudiantes de arquitectura, muy orientados hacia el diseño arquitectónico, encontraban un marco teórico y práctico profundamente urbanístico y a la vez muy atractivo. Campos añadía a su buen hacer docente una experiencia doble, la del profesional del urbanismo y la de la responsabilidad política y administrativa. Para unos estudiantes ansiosos de formas, tratar de comprender el régimen inmobiliario en el mundo capitalista moderno, sus manifestaciones territoriales y desde allí avanzar entre los avatares sociales y económicos hacia la planificación, resultaba con Campos aparentemente sencillo y, sobre todo, interesante. Al explicar la renta urbana o al transmitir que el plan urbanístico está hecho de elecciones no siempre fáciles y que, por lo tanto, necesita de un completo bagaje de conocimientos teóricos y prácticos, Campos establece un camino en el que los planes pueden, como él dice, sustituir a las reformas legislativas no realizadas. Plenamente consciente de que el plan necesita de un modelo, Campos recupera críticamente los conceptos del urbanismo funcionalista y los relanza en un programa social destinado a sustituir las ilusiones de la cantidad por una verdadera —y medible— calidad urbana. Acusado mū-

chas veces por amigos y enemigos de posibilista, Campos no duda en declararse pragmático, y su *learning by doing*, con o sin John Dewey, demuestra el coraje de un hombre interesado por las mejoras reales. Cuando nuestros estudiantes se encuentran con Campos eran ya bien conocidos sus logros y, sin embargo, ven a un profesor plenamente activo enfrentado a nuevos desafíos. De esta forma, la propuesta reformista de Campos cala en unos jóvenes que aprenden mucho sobre la Italia reciente, que con la eficaz secuencia reconstrucción-expansión-transformación son capaces de sintetizar la evolución del urbanismo europeo contemporáneo, pero que, sobre todo, descubren una actitud digna de admiración.

Comienzo escribiendo sobre Campos como profesor porque como tal lo he conocido en el Politécnico de Milán a finales de los años 80. Pertenezco a una generación de arquitectos posterior a la de Alfonso Álvarez Mora y a la de los otros colegas que han tenido la gentileza de homenajear a su amigo Campos en este libro, urbanistas todos ellos mucho más notables que yo. De hecho, para mí, Campos es, en primer lugar, un urbanista relevante al que leo —mejor dicho, estudio— con interés al acabar la carrera en 1984 y tras plantearme una dedicación intensa al urbanismo. En la Escuela de Arquitectura de Pamplona, donde me gradúo, primaba un enfoque formalista muy poco comprometido con los problemas urbanos. A pesar de que todos nos titulábamos entonces con la especialidad de urbanismo, la mentalidad dominante era la de unos jóvenes arquitectos casi artistas, con poco bagaje ideológico y en busca de oportunidades en las que verificar su talento, aunque la mayoría pronto se confunde en la masa profesional anónima característica de la máquina edificatoria española. Obligado a trabajar casi en solitario y a un auto-didactismo que nunca he defendido, Campos pronto fue para mí una referencia firme, asociada a conceptos como austeridad, salvaguardia o despilfarro. Cuando le he conocido, mi respeto hacia él se hizo pronto amable al comprobar su sentido del humor profundo y su tranquila curiosidad de hombre maduro y lleno de vida.

Fue con Alfonso Álvarez Mora con quien conozco personalmente a Giuseppe Campos Venuti, en una comida con profesores del Politécnico de Milán, en el Pub de Vía Bonardi. Volví allí a encontrarme con él uno o dos años después en otra comida de profesores en la que yo procuraba escuchar y aprender. El entonces director del *Dipartimento di Scienze del Territorio*, Luigi Airaldi, en un contexto de preocupación generado por la *tangentópolis* del Milán dominado por figuras como Berlusconi o Ligresti, explicaba para mi asombro que, en aquel ambiente de corrupción insolente, sólo dos voces conservaban en Milán su autoridad intacta: el prefecto de policía y el Cardenal, en aquellos momentos el jesuita Martini. El proceso “manos limpias” estaba apenas comenzando y la defensa de la desregulación coincidía con un ataque sistemático a la tradición urbanística construida alrededor del plan urbano de escala municipal. Yo no era entonces todavía consciente de que el plan urbanístico es una herramienta en

crisis permanente que necesita de una disposición innovadora acorazada contra la burocracia que siempre tiende a reducir el plan a lo inmobiliario. En aquel contexto, Campos era un coloso que mantenía, con algunos colegas-discípulos, la confianza en el plan urbano a la vez que mostraba el desastre provocado por el uso malintencionado –variantes del plan al servicio de intereses privados- de una legislación urbanística compleja y dispersa. El urbanismo de las empresas y de las recalificaciones oportunistas se encontraba frente a un Campos dotado de una voluntad y autoridad envidiables. No era fácil y el propio Campos tenía entonces conflictos como el del avance del plan en Florencia, donde su proyecto corría el riesgo de ser condenado por un urbanismo contratado y a corto plazo. Tanto en el campo científico, fomentando estudios con aplicación práctica, como en el profesional, se desplegaba entonces en Milán y en torno a la figura del profesor una actividad intensa y comprometida con la cultura urbanística. Si la validez del plan se veía sometida al complejo de intereses que siempre ha preferido manos libres, la salida no era atrincherarse, sino descubrir posibilidades nuevas.

En mi opinión, Campos interpretaba aquella situación coyuntural mediante un urbanismo de transición, en la lógica de las generaciones y al servicio de la transformación de las ciudades, a pesar de la ineficacia de la legislación y de la crisis cultural que sumía a la disciplina, manteniendo que es posible un salto cualitativo. Lo demuestra desde finales de los 80 al introducir con vehemencia en su campo de interés la variable ecológica. Lo que le interesa a Campos es la ecología como ciencia nueva, al estilo de E. Morin y al lado de amigos dispares como el paisajista alemán A. Kipar, con el que recorre el Rhur, y no tanto el concepto de desarrollo sostenible, quizás consciente de que este concepto no es para él nada nuevo.

Lo extraordinario del enfoque urbanístico de Campos es su capacidad para no dejar envejecer sus planteamientos. Su interés es la ciudad real y, como hace de manera ejemplar en el texto que traducimos en este libro, su capacidad de autocritica es también ejemplar. No le interesa un maximalismo ideológico, funcional o de cualquier otro perfil. Y al ser la ciudad real la que le interesa, el urbanismo se compone como una disciplina eminentemente práctica o, lo que es lo mismo, se materializa en un tipo de propuestas que mantienen objetivos e ideario, un tipo de planes que no pueden ser reducidos a lo inmobiliario. Su conocimiento de la renta urbana le permite afrontar esto último sin prejuicios.

Pero Campos tiene la habilidad y el olfato de captar en el presente aquello que interesa a la ciudad futura. Lo había hecho en su trabajo en Bolonia al defender el centro histórico -abriendo nuevos caminos para el urbanismo de la protección- sin olvidar otros objetivos a largo plazo. Así fomenta en Bolonia un nuevo centro direccional cuya descentralización permite la salvaguardia del Centro Histórico. Tampoco parecía oportuna su defensa de la escala territorial

supramunicipal, a veces contra viento y marea. De la misma manera y con firmeza, a finales de los 80 incorpora la variable ecológica en su programa urbanístico. Su inteligencia le lleva a descubrir una gran oportunidad para poner de nuevo a tono la disciplina urbanística, no disfrazándola de lo que no es, sino todo lo contrario, dando sentido a lo que siempre ha sido. Campos sabe que los intereses de la ecología y del urbanismo reformista confluyen en la ciudad y en su región. Lo explicaba el mismo Campos en Valladolid, en su discurso de investidura *Doctor Honoris Causa*:

“...al igual que ayer no se podía olvidar la severa advertencia en la economía clásica liberal, según la cual la renta urbana es un factor extraño a la producción,... hoy hay una nueva advertencia: la de adecuar la ciudad a las exigencias ecológicas, porque ahora conocemos bien los riesgos que se corren al no respetarlas”.

Este tema ya está presente en la reinterpretación del verde urbano que realiza el Plan de Ancona de 1988, pero sobre todo lo está en la recuperación del tema del paisaje en su revisión del plan de Bolonia, en el plan de Regio Emilia y en el actual plan propuesto para Roma, al que ha dedicado los últimos años. Mientras vemos con sorpresa cómo la ecología está siendo introducida por muchos en el urbanismo con un entusiasmo casi ignorante de la propia tradición disciplinar desde Howard y Geddes, eludiendo la experiencia y tratando de llamar a todo de otra manera, o peor, con pie forzado e imponiendo criterios sin conocer bien los fenómenos, la interacción de lo social y lo económico en lo urbano, Campos lo hace con naturalidad, descubriendo la necesidad del plan como proyecto colectivo y la oportunidad de introducir mejoras reales en las ciudades.

La naturalidad con la que Campos incorpora en su discurso la ecología responde no sólo a su primera percepción del despilfarro inmobiliario, sino a que en gran medida ya lo había hecho en su modo de formular la tercera generación urbanística como la generación de la transformación. Mientras otros muchos ven en los solares de las viejas fábricas, en los espacios portuarios y ferroviarios abandonados de las ciudades de Europa, espacios en origen periféricos pero hoy totalmente rodeados de ciudad, una oportunidad para un desarrollo inmobiliario dominado por oficinas y centros comerciales, Campos plantea desde el principio, como lo hacen en contextos diferentes Oriol Bohigas y otras pocas voces, la necesidad de un urbanismo capaz de introducir calidad social y ambiental renovadas en el interior de las ciudades.

Pero también llega a ello por un sano y poco habitual ejercicio de autocrítica. Lo explica con acierto en su primera colaboración en nuestra revista *Ciudades*, *La pianificazione urbanística come qualificazione ambientale*, una autocrítica profunda hacia lo realizado en los años 70:

“...hemos conseguido –escribe- reducir la densidad, aumentar los servicios y los espacios verdes, pero no hemos sabido distinguir el viario de gran capacidad de tráfico de las calles residenciales... entonces no comprendimos que la monofuncionalidad era un grave error, que había que mezclar viviendas y comercios, y talleres artesanos y terciario difuso... sólo así se combatía lo que denominábamos ciudades dormitorio... habíamos resuelto positivamente un contenido inmobiliario capaz de reducir el peso negativo de la renta urbana pero no en aquél que es capaz de garantizar la vitalidad plena de los barrios”¹.

Defensa de la mezcla de usos, de cierta densidad... Campos es un urbanista activo, por lo que necesita de su propia autocritica para mantener viva la agenda del plan urbano y rescribirla, introduciendo nuevos temas como la variable ecológica. Y, en primer lugar, lo hace sobre esos espacios abandonados –areas *dis-messe*, en italiano- que otros sólo ven como una nueva oportunidad de negocio.

En el escrito citado, Campos se centraba en la relación entre urbanismo y arquitectura. Ambas disciplinas corren el riesgo de corromperse en la ciudad si son utilizadas fraudulentamente para justificar operaciones irregulares, ya sea en su soporte técnico-jurídico como en su esfuerzo por disimular con imágenes amables y creativas lo que no son sino incrementos brutales en la edificabilidad o inadecuación de contenidos. Por eso a Campos, que se reconoce claramente como arquitecto aunque se haya dedicado plenamente al urbanismo, la oposición entre plan urbano y proyecto arquitectónico, tema de discusión tan de moda tantas veces, no le interesa. El plan urbano mantiene sus objetivos porque la ciudad y el territorio, lo urbano –no entro aquí en la discusión de términos-, siguen planteando preguntas y necesitando respuestas. Algo con lo que siempre me he sentido identificado. Nunca he pertenecido a la izquierda militante y, sin embargo, siempre he compartido los intereses de Campos Venuti, siempre me encontrará al lado de su reformismo, incluso en su tensión utópica y pacíficamente revolucionaria, porque admiro la fuerza con la que defiende su ideario social y cultural sobre la ciudad. Y también comparto su desinterés por la oposición entre plan y proyecto, porque, como dice Campos ,

“la calidad de la ciudad y del territorio en su conjunto no son consecuencia de la prevalencia de la cultura arquitectónica sobre la urbanística o viceversa, la calidad no depende de que una prevalezca sobre la otra sino de la calidad de las formas y de los contenidos de ambas”.

¹ CAMPOS VENUTI, Giuseppe.- “La pianificazione urbanistica come qualificazione ambientale”, en *Ciudades*, nº3, 1996, págs: 23-33. Al que le interese el tema de la relación plan-proyecto, ver CAMPOS VENUTI, G.- “Plan o proyecto: una falsa alternativa”, en *Ciudad y Territorio*, nº 59/60, 1984.

La mejor calidad urbana siempre está estimulada por una relación dialéctica entre arquitectura y urbanística. Alguien decía que una “edad de oro” de una ciudad no es posible con el trabajo de un par de arquitectos geniales, sino de un buen grupo de arquitectos comprometidos con una sociedad creativa, con la seguridad de que allí ha de haber un par de arquitectos geniales. Hay numerosos ejemplos que lo demuestran. Las *new towns* inglesas conservan su atractivo porque en ellas arquitectura y urbanismo trabajan juntos. No ocurre lo mismo con las *villes nouvelles* de Île-de-France, donde la solución urbanística prevalece sobre una arquitectura indecisa e incapaz de superar el fracaso de los *grand ensembles*. En este sentido siempre me ha gustado reflexionar sobre cómo Cerdá adapta en el entorno de Barcelona, cartografiado por él con precisión, sus manzanas regulares y las deforma para incorporar el Paseo de Gracia a su trama. Esta reflexión es incompleta sin vagar luego por el paseo de Gracia y disfrutar de su irregularidad o de la nobleza de su arquitectura, inolvidable en las obras de Gaudí. El problema de los planes urbanos, como el de la arquitectura, no puede ser sino su propia falta de calidad y de perspectiva. También me hubiera gustado preguntarle a Cerdá su opinión sobre la densidad urbana a la vista de una sección de la Pedrera. Seguramente en su gesto habría dudas. Pero también certezas. Y Campos demuestra la diferencia que hay en un plan urbanístico cuando está respaldado por ideas y argumentos que le dan sentido. De hecho la propuesta reformista de Campos ha sufrido críticas desde posturas diversas, que como él mismo dice, casi siempre parten de una interpretación diferente de alguna de las categorías en las que funda sus planteamientos: la renta inmobiliaria en el modelo urbano italiano, el papel de las instituciones políticas en el urbanismo, el uso flexible de herramientas como la zonificación o el estándar, etc. Su propia situación en el partido, leal y sin embargo tachada de posibilista, le ha generado disgustos pero no le ha impedido compartir intereses con otros grupos cuando lo que se defiende trasciende el propio interés del partido. Lo explica Campos en su apoyo, cuando era concejal comunista de Bolonia, a la reforma fracasada del democristiano F. Sullo. Y lo explica su defensa de un compromiso reglado con el mercado inmobiliario en el plan de Roma, a pesar de sus detractores².

Insisto en que me ha admirado siempre la capacidad de Campos para reorganizar su pensamiento sin menoscabar su defensa del urbanismo y sin renunciar a los principios que llevaba una vida defendiendo: su reformismo militante.

² Ver DI BIAGI, P. y GABELLINI, P. (ed.).- *Urbanisti italiani. Piccinato, Marconi, Samonà, Quaroni; De carlo, Astengo, Campos Venuti*. Roma: Laterza, 1992. Se trata de un libro básico para comprender, a través de figuras excepcionales, el urbanismo italiano contemporáneo, y hacerse cargo de las razones que han fundado su peso específico e influencia a lo largo de la segunda mitad del siglo XX.

Su capacidad de adaptación en la revisión del plan de Bolonia y en los planes de Ancona y Regio Emilia –a partir de mediados de los 80-, en los que va poco a poco introduciendo lo que más tarde él mismo denomina innovaciones disciplinares: una planificación a dos velocidades, diferenciando el plan de estructura de los planes de intervención; los presupuestos de la ecología aplicados no sólo al estándar de servicios o de verde público, sino a características como la permeabilidad de los suelos o el desarrollo del transporte público; la aplicación sistemática de la equidistribución, que le lleva a superar la diferenciación en el plan entre áreas de desarrollo privado y espacios para lo público, de equipamientos y etc., e imponer objetivos públicos a los desarrollos privados en las áreas de transformación y crecimiento. Objetivos que, tras su gran lucha en el plan de Roma, aspira ver reflejados en una reforma legislativa.

Amigos italianos como Corinna Morandi, Alberto Mioni o Paola Falini me han ayudado a conocer mejor el urbanismo italiano. Gracias a sus conversaciones he podido acceder a un rico filón de materiales y ser consciente del origen polifónico de la disciplina que se construye en Italia desde la posguerra, así como sus antecedentes que arraigan en la unificación italiana y en el papel de las ciudades en la construcción de ese país. Pero ha sido uno de mis estudiantes italianos en Valladolid, perteneciente a la segunda generación del programa Erasmus, Giovanni Muzio, quien más me ha ayudado a comprender temas para mí antes intangibles de la historia reciente de Italia y situar en ese contexto a Campos³. Giovanni fue alumno de Campos y tiene hacia él una admiración sólo explicable desde la perspectiva del estudiante que, consciente o no, es iniciado por su profesor no ya en un modo de ver la materia de la asignatura, sino de entender la sociedad. Juntos hemos tratado de comprender a un Campos que es romano, que vive en Bolonia y que ha desarrollado en Milán su docencia, hemos tratado de captar el cambio que impone en Italia la Segunda Guerra Mundial, y allí a un Campos casi adolescente que es partisano. Miembro del Partido Comunista, el estudiante de arquitectura en Roma sigue comprometido y tras finalizar en 1954 su carrera, tras ser asistente de P. Marconi y aprender con G. Astengo -su referencia como urbanista-, va a Bolonia en 1960 como concejal de urbanismo. ¿Qué significa la región emiliana en Italia?. Allí se escribe una página célebre del urbanismo europeo, con el plan regulador y con su brillante variante en el centro histórico que crea un nuevo horizonte cultural y metodológico en la disciplina. Pero lo que ocurre en Bolonia es, sobre todo, un aconteci-

³ Para conocer la obra de Campos, además del libro ya citado, ver: CAMPOS VENUTI, G. y OLIVA, F. *Cincuenta años de Urbanística en Italia, 1942-1992*. Madrid: Universidad Carlos III-BOE, 1994; y OLIVA, F. (ed.).- *Giuseppe Campos Venuti. La Urbanística Riformista. Antologia di scritti, lezioni e piani*. Milan: Etas Libri, 1991. Es recomendable leer el ya clásico: CAMPOS VENUTI, G.- *Urbanismo y Austeridad*. Madrid: Siglo XXI, 1981.

miento social, es la conquista real de un camino pacífico hacia el mañana. Con Giovanni he visitado La Brianza, esa comarca al norte de Milán donde ha calado la iniciativa empresarial y la industria, pero Emilia Romagna es diferente. Entre Bolonia y Milán, en plena efervescencia del 68, por iniciativa de un grupo de estudiantes que quieren cambiar el politécnico, Campos comienza a enseñar en Milán y a formar a un amplio grupo de urbanistas italianos. Los planes, el INU, los vaivenes de Italia y de Europa...

En 1990 le pedí a Campos Venuti que me presentara a alguien que me ayudase a enfocar un problema de movilidad urbana y me envió a su amigo el ingeniero Zambrini, consultor del Estado italiano y experto en la materia. Cuando lo visité en su despacho milanés, Zambrini me atrapó en un interrogatorio curioso en el que su inquietud, compartida con Campos, por los números básicos –indicadores de costes por kilómetro de autopista, velocidad en la construcción del metro, velocidad media del transporte público, etc.- mostraba una admiración profunda por una España entonces en plena transformación y referencia para muchos en Europa. Salí de allí consciente de que los hechos son en gran medida más elocuentes que los textos. En España el urbanismo avanzaba sin apenas producción teórica y alcanzaba un importante reconocimiento. El urbanismo español –sobre todo Barcelona, pero no sólo- ha sido influyente por la capacidad de cambio operada en las ciudades. Sin embargo sólo Castells es hoy universalmente leído, y lo es tras una vida de trabajo que pasa por París y Berkeley. Campos sigue aspirando en Roma a mover una máquina imposible, tras un esfuerzo de planificación extraordinario –al acceso de cualquiera gracias a Internet. Y Campos pertenece a una tradición romana, en la que no sólo son importantes los hechos, lo son también las ideas que nos deja en sus textos capaces de ayudarnos no sólo a hacer, sino a comprender el mundo.

A PROPÓSITO DE LA AUSTERIDAD: DE LA VIEJA UTOPIA REGIONAL AL NUEVO MITO PLANETARIO

FERNANDO ROCH

A finales de los años 70 del pasado siglo ya no cabía duda de que el modelo fordista, que había dirigido la gran industrialización moderna junto con la construcción de los sistemas metropolitanos occidentales, se agotaba. La década siguiente se inicia con una profunda incertidumbre y enseguida se emprende la búsqueda de modelos alternativos que mantengan la hegemonía del mundo desarrollado gracias a nuevas fórmulas que pudieran recuperar la tasa de acumulación perdida. Está claro que el capital atraviesa entonces una de esas crisis que le obligan periódicamente a remodelar radicalmente su dimensión espacial en todas las escalas, aunque no necesariamente en todos los lugares del mismo modo y al mismo tiempo. Los laboratorios donde se ensayan nuevas modalidades productivas y territoriales se multiplican sin que en principio, se lleguen a encontrar las fórmulas universales que exige el régimen en apuros, aunque algunas disfrutaron de una fama pasajera y se puso de manifiesto la complejidad que se ocultaba bajo el imperio del modo dominante. Será finalmente la explotación de esa complejidad la que oriente las indagaciones sucesivas.

Hoy sabemos que esa búsqueda ha encontrado una salida momentánea a través de la globalización del aparato productivo, que obliga a un incremento extraordinario de las infraestructuras y a un control fuertemente tecnificado de los flujos de mercancías, información y capitales. Su carácter universal no deriva tanto de que sea una fórmula aplicable en cualquier lugar como de su vocación de someter el planeta a sus exigencias, manteniendo un complejo diversificado de modos y regímenes de producción y regulación capaz de obte-

ner el más alto rendimiento según las condiciones de cada lugar. Es un modo que ha derivado en una especie de nuevo colonialismo, que ya no se contenta con explotar sólo los recursos naturales sino que ha recuperado viejas relaciones de explotación laboral y distribución desigual, con fórmulas de producción intensivas que parecían superadas definitivamente. Al mismo tiempo, las viejas metrópolis fordistas se convierten en centros privilegiados de acumulación y consumo del nuevo universo productivo, lo que no las dispensa de desarrollar en su propio seno nuevas desigualdades que alcanzan también modalidades y dimensiones desconocidas. Es un nuevo escenario de colonización que, como no podía ser de otro modo, estrena el siglo con una demostración de hegemonía militar tan brutal e inapelable como el orden social y económico que trata de imponer.

Sin embargo, hubo un momento en que parecía que podían quedar en suspenso las leyes inexorables de la dinámica de acumulación, alterando el juego de hegemonías existente, y que era posible soñar con un modelo de desarrollo más equilibrado en el que el crecimiento cuantitativo, inseparable de la lógica acumulativa de los agregados monetarios, cediera su lugar a un nuevo teatro cívico cualificado, en el que la esfera de la producción y la organización territorial tuvieran dimensiones ecológicas. Uno de esos sueños que se inspiraba en las ventajas y potencialidades, bastante reales por cierto, de la compleja geografía de la Emilia Romagna, fue el que el profesor Campos Venuti nos brindó bajo la Teoría de la austeridad.

Lo que Campos proponía no era una edición revisada y aumentada de la vieja Arcadía feliz. Su discurso y el proyecto que encerraba, no sólo no partía de una oposición radical al desarrollo industrial y tecnológico, como un siglo atrás habían argumentado algunos desde el propio corazón de la revolución industrial —J. Ruskin en especial—, sino que trataba de incorporar sus aportaciones en la construcción de un universo urbano decididamente moderno: donde la eficiencia productiva armonizara con la complejidad territorial y social adquirida y por adquirir. Se trataba de visitar el viejo territorio de la industrialización pero esta vez con nuevas alianzas animadas de un proyecto cívico y armónico y de una cultura técnica a su servicio.

Al evocar la Emilia me vienen a la memoria, no sé si oportunamente, aquellas novelas humorísticas, de un humor pretendidamente amable pero profundamente reaccionario, que hicieron famoso incluso fuera de Italia a Giovanni Guareschi y que relataban los desencuentros entre don Camillo, un párroco socarrón que representaba a la democracia cristiana y, por tanto y según su autor, al fino sentido político de las cosas, y Peppone (sin el don), un alcalde comunista “emiliano” que, en el mejor de los casos, sólo alcanzaba a comportarse como un noble bruto. Estos relatos llegaban, cómo no, a la España franquista de la posguerra para ilustrar la lucha eterna entre la inteligencia florentina que se

autoasignaba la derecha tradicional y la insufrible zafiedad que, según el mismo punto de vista, caracterizaba a la izquierda advenediza. Se llegaron a hacer varias películas en los años 50, dirigidas por Julien Duvivier en las que Fernandel, que nunca me hizo mucha gracia, interpretaba al astuto cura. Y me viene todo esto a la memoria porque treinta años después de aquellos conservadores alegatos, la historia parecía demostrar que los Peppones de la Emilia habían hecho sus deberes con más equilibrio y sentido que las hegemonías inmobiliarias de la democracia cristiana, cuyos feudos en las grandes ciudades habían derivado hacia una hipertrofia que las hacía muy vulnerables en la nueva crisis. Campos, en un artículo que incluía como subtítulo “Mejor la utopía que el mito”¹, un ingenioso juego de palabras, hacía un balance de estas dos maneras de entender el desarrollo urbano y territorial que le permitía argumentar la superioridad del modelo que había desarrollado la izquierda local italiana, aunque no desdeñara las aportaciones positivas del modelo del desarrollo concentrado ejemplificado en Milán y Turín (MITO) que fueran compatibles con los despliegues equilibrados de la “utopía” emiliana.

Finalmente las cosas en Emilia habían resultado ser lo contrario de lo que habían insinuado las niñerías de Guareschi. La sociedad del bienestar era un hecho que transformaba las condiciones para afrontar la crisis mucho mejor que el viejo clientelismo parroquial. El policentrismo complejo y rico facilitaba el paso de una región de ciudades a una metrópolis regional, precisamente la formulación opuesta a la que, empecinada y desgraciadamente, mantuvo Madrid desde finales de los 80 como una región metropolitana, traicionando los principios que habían dirigido el propio plan de 1985 y perdiéndose una oportunidad histórica que ha conducido la región madrileña al despropósito inmobiliario y funcional actual. Y no pudo decirse aquí que no hubiera advertencias al respecto.

Poniendo las infraestructuras sociales frente al paternalismo clientelar, Campos propugnaba una transformación cultural amplia y profunda en el sentido de introducir la dimensión tecnológica en todas las esferas de la vida y de la ecología (no sólo en el previsible confinamiento de las empresas). En el fondo de esa demanda está la intuición de que no puede existir un verdadero desarrollo cívico de espaldas al mundo físico y su dominio equilibrado mediante técnicas adecuadas, y esto es tan importante en la idea de la austeridad como en las modernas versiones del desarrollo ecológico.

La alianza para el desarrollo Milán-Turín contrastaba vivamente con la alternativa de amplia base social que ofrecía la “tercera Italia”. Es cierto que MITO no pretendía reproducir con más tecnología (sobre todo de infraestructu-

¹ “Ciudades, metrópolis, tecnologías: mejor la utopía que el mito”, *Alfoz*, nº 10 y 11, noviembre y diciembre de 1984

ras tecnológicas) el modelo obsoleto de desarrollo industrial. Ya se habían detenido las migraciones y el crecimiento cuantitativo y era hora de remodelaciones de naturaleza cualitativa. Pero este MITO renovado volvía a presentarse como una fórmula para reafirmar la hegemonía desarrollista del norte frente al sur y a la “tercera Italia”, ya que pugnaba por consolidar un polo tecnológico como salida a la crisis. MITO, que prefigura en gran medida la ciudad global, uno de los puentes de mando de la nueva geografía globalizada, entonces sólo se veía como “una isla de progreso en un mar de atraso”.

Frente a esta voluntad de perpetuar las viejas estructuras de poder, la Teoría de la austeridad gira en torno a la alternativa ejemplarizada por esa “tercera Italia” que ofrece formas de desarrollo equilibrado, social, tecnificado y ecológico que hoy podríamos denominar sostenible. Campos reivindica la cultura del Politécnico (Cattaneo) como base para explorar nuevas relaciones cualitativas asociadas a la conservación del policentrismo; un policentrismo que, como él recuerda, forma parte esencial de la propia historia italiana (Italia en el Renacimiento era el país de las cien ciudades) y que lo concibe como un ingrediente decisivo para paliar la crisis y construir un mundo alternativo a las grandes concentraciones que constituían el ecosistema específico de la democracia cristiana y sus negocios especulativos.

Precisamente debido a esa dimensión tecnológica, si MITO representaba una amenaza como modelo de desarrollo territorial, también constituía un foco de innovación que debería extenderse por todo el país. Con una buena dosis de optimismo, Campos cree que Milán y Turín, cuyo prestigio productivo es indiscutible, estarían en condiciones de liderar ahora una revolución tecnológica de componente ecológica y apta para difundirse por todo el territorio.

Se trataría de compaginar dos modelos en principio enfrentados, uno policéntrico y complejo y otro presidido por dos enormes aglomeraciones de la vieja industrialización, tres si se incluye Génova —GEMITO², para completar el juego de palabras—. No sé si en Campos late también el espíritu de convergencia de Pico della Mirandola, pero la idea de fondo que propone es la expansión de una nueva cultura tecnológica de base ecológica que incluye *avant la lettre* una premisa de sostenibilidad fuerte: la solidaridad territorial, la convicción de que no hay desarrollo cualitativo de forma aislada. El bipolo Milán-Turín o la metrópolis regional policéntrica son bases de experimentación de nuevas tecnologías del territorio, la energía y las infraestructuras, pero no pueden quedarse aisladas del conjunto del país.

² Gemido. *Ibid.* La inclusión de Génova a petición propia no parecía encajar, según Campos, en la estrategia tecnológica que en aquel entonces perseguían Milán y Turín frente a Europa. Recordaba demasiado al viejo triángulo industrial con su puerto y resultaba una coalición amenazadora frente al Sur. Probablemente, hoy, desde la perspectiva de la globalización, Génova aporta una componente logística fundamental.

En este campo experimental también converge, por lo que a la instrumentación urbanística se refiere, el modelo planificado alternativo al que Campos atribuye una capacidad de transformación de las condiciones sociales —con participación de base, desde los barrios hacia arriba— frente al modelo que él denomina “de hecho” que va de arriba hacia abajo y que se reduce a expresar los intereses inmobiliarios y la renta absoluta, condenando a las aglomeraciones al crecimiento.

Aquí la inspiración me parece que deriva del espíritu sustancialmente reformista del *compromiso histórico* con el que Berlinguer pretendía a principios de los 70, coincidiendo con la primera crisis del petróleo, desarrollar una estrategia de largo plazo destinada a crear las condiciones que pusieran fin al dominio de la vieja derecha, mediante el alumbramiento de una nueva “mayoría social” que involucrara a las clases medias y las clases proletarias en un proyecto alternativo. En ese sentido parecía razonable frenar el despliegue de las estructuras económicas en que se apoyaba esa hegemonía, basadas en el crecimiento de la máquina inmobiliario-financiera y en las obras públicas, y generar un proyecto social de base cívica y de amplio espectro que, profundizando en la vida democrática, condujera a un desarrollo territorial equilibrado y a un universo urbano altamente cualificado.

Todas estas cuestiones se resumen en gran medida en *Urbanismo y austeridad*, libro en el que Campos enlaza sus preocupaciones intelectuales con su compromiso político, y cuya traducción al castellano se publica en 1981 por Siglo XXI. Allí se muestra heredero de la vieja cultura urbanística que trata de desvelar la evolución conjunta de la sociedad y el territorio, y se alinea con esa tendencia que considera que ambas realidades tienen su propia naturaleza y que conservan siempre un relativo grado de autonomía. Frente a otras visiones más radicales que sólo ven en el territorio la dimensión espacial de la formación social, esta aproximación, que tiene sus antecedentes en Le Play o Geddes, permite valorar las cualidades y leyes del mundo físico enfrentado al proceso de industrialización capitalista que domina el mundo moderno con las suyas. De esta manera, a las contradicciones que acompañan al despliegue productivo, social y espacial del capitalismo en sus diversas fases, se les puede añadir las que genera su antagonismo con la física de la naturaleza.

Queda así patente que no es el universo social o el mundo físico, cada uno por separado, sino el resultado de sus interacciones que a lo largo de la historia habían alumbrado el universo urbano heredado y que, a su manera, mantenía el equilibrio entre el mundo urbano y el rural, el que va a resultar profundamente alterado.

La industrialización capitalista es contemplada desde esta óptica como una invasión desconsiderada y demoleadora de formas urbanas, de estructuras de equilibrio y de toda suerte de ámbitos, comunidades y nichos que se habían

mantenido al margen de los procesos de urbanización, creando fuertes asimetrías en la distribución de los recursos. Un proceso de destrucción desconsiderado que genera objetos urbanos hipertrofiados y crea graves problemas para los que no se dispone de solución.

Para Campos esta forma agresiva de crecimiento económico se enfrenta a la planificación física que tendría no sólo voluntad de equilibrio sino otros objetivos transformadores de la sociedad, mientras que, en la versión ideológica elaborada por los grupos hegemónicos que lideran la alianza para el crecimiento, se presenta como una oposición (nunca una contradicción) entre la eficiencia de la aglomeración acumulativa (el capitalismo no es más que un régimen de acumulación) y la equidad reflejada en un reparto más igualitario y ciertos equilibrios necesarios. En definitiva, un conflicto que desde principios del siglo XX ha constituido el campo para la planificación tanto económica como urbanística.

Probablemente, el hecho de que en Italia el papel de los agentes inmobiliario-financieros haya sido hegemónico en la constitución del bloque histórico que surge después de la segunda guerra mundial (con algunas posibles versiones locales más suavizadas como las de Emilia y los polos fuertemente industrializados), una hegemonía que en España no alcanzan esos agentes sino a partir de los años 70 y en otros países europeos no llegan a disfrutar plenamente, ha condicionado los análisis y el discurso de Campos de una manera muy precisa, y ese rasgo tan concreto ha teñido también la potente transversalidad de su discurso, perjudicando las posibilidades de aceptación en otros contextos. Y no debería haber sido así, porque además de las referencias expresas y necesarias al despilfarro inmobiliario, que en nuestro país se han venido a confirmar más tarde, en el discurso de la Austeridad está el germen de una visión integral del desarrollo territorial como una renovación de las culturas cívica y tecnológica que siempre fueron de la mano y que ahora reunidas de nuevo deberían dirigir el desarrollo productivo y social en condiciones que hoy calificaríamos de ecológicas. Todo ello incluye también, como se señala más arriba, la voluntad de crear un campo de convergencia para una mayoría social que se enfrente al bloque dominante con un proyecto alternativo. Y esa quizá haya sido su proposición más ambiciosa y también su máxima debilidad, porque el tiempo ha demostrado que el poder de los medios y del sistema para desbaratar cualquier intento de recuperar la conciencia cívica es ilimitado.

Y sin embargo, este programa que debería desarrollarse de forma empírica, desde la reflexión cultural y desde las bases sociales, no procedía de un desafío insensato al sistema. En realidad, nace como una oportunidad que surge del diagnóstico de la crisis de los 70, interpretada como una pérdida más o menos natural de la tendencia acumulativa ilimitada del régimen. Probablemente esté ahí el mayor error de apreciación, nacido seguramente del deseo profundo de

que las cosas fueran así, porque, mientras Campos imagina como salida un mundo que se acomoda a vivir con menos pero mejor, es decir, a usar mejor y más solidariamente los recursos, el sistema se vuelca desesperadamente en buscar cuanto antes la manera de recuperar rápidamente sus dinámicas de acumulación de siempre, sacrificando lo que haya que sacrificar: empezando por el propio ciudadano al que convierte en un consumidor compulsivo y segregado, cada uno según sus recursos y sus modos y niveles de vida excluyentes. Parece que la sociedad cohesionada en una mayoría democrática que protagonizaba la Austeridad habría de ser sustituida por una sociedad jerarquizada organizada según poderosos mecanismos de exclusión.

Como ya se ha apuntado más arriba, pudimos vivir en directo este enfrentamiento dialéctico durante los años 80 en Madrid cuando el Plan de 1985, que se inspiraba en las propuestas de la Austeridad, se enfrentó, nada más aprobarse, al decreto de 30 de abril de ese año, con el que el ministro Boyer daba el espaldarazo a la hegemonía inmobiliaria que conduciría la ciudad y su región a la hipertrofia y que, veinte años después, no dudaría en protagonizar una especie de minigolpe de estado para conservar el poder político y administrativo en la región madrileña y poner a su cabeza una candidatura estrechamente vinculada con esa hegemonía. Para entonces Madrid ya es una ciudad devorada por la codicia inmobiliaria.

Hay que recordar que fueron muchas la voces que, desde posiciones presuntamente progresistas, denunciaron aquel proyecto de austeridad que limitaba el crecimiento de Madrid y centraba sus intervenciones en recualificar su tejido residencial y productivo, asegurando para la ciudad los equipamientos sociales de los que carecía. Pensaron entonces, y probablemente sigan pensándolo ahora, que esa propuesta moderada de crecimiento (no percibían otras dimensiones) apartaba a Madrid de la carrera hacia las posiciones de cabeza del nuevo circo globalizado que se estaba dibujando, como si realmente tuviera alguna posibilidad de conseguir el podio. Lo cierto es que toda la ideología del desarrollo tecnológico y de la aldea global con la que se cocinó este bodrio neocolonialista dio al traste con la complejidad y las sutilezas del proyecto y contribuyó, como si le hiciera falta, a crear la cultura de la acumulación que alimenta la actual hegemonía inmobiliaria.

Puede decirse de paso que no hubo desarrollo tecnológico, que la población no ha crecido y, todavía, veinte años después se están construyendo las viviendas que entonces se juzgaron demasiado pocas, aunque, no sé si pensando en los dos próximos siglos, se ha clasificado suelo para construir otro Madrid.

Mientras la Austeridad propugnaba ahorro social y protección de los recursos existentes, el sistema ha perfilado un proyecto en el que los ciudadanos occidentales van a ser proyectados hacia niveles de consumo nunca conocidos, después de haber convertido las viejas metrópolis industriales en el lugar de

acumulación de un vasto espacio mundial de producción dirigido desde estos lugares privilegiados. Es una nueva y feroz división del trabajo internacional cuya parte del león fluye hacia estas aglomeraciones redimidas de su vieja condición industrial desde los rincones del nuevo imperio, mientras en los extremos remotos de éste se mantienen condiciones de reproducción estricta o incluso inferiores y se explotan sus recursos naturales hasta el agotamiento.

El universo armónico que soñaba la Austeridad se ha hecho pedazos, la solidaridad social de amplio espectro en que basaba su proyecto de profundizar en la democracia civil, camino de su imaginario socialista, ha naufragado en un rígido armazón de exclusiones y desigualdades. Si imaginaba que los nuevos planes tendrían que cambiar su antigua naturaleza expansiva porque el crecimiento demográfico y económico se iba a detener, y así podrían ocuparse por fin de los aspectos cualitativos —la Austeridad se presentaba como una apuesta sobre lo cualitativo—, lo cierto es que, a pesar de haber acertado en lo demográfico, las ciudades no han dejado de crecer de forma cada vez más acelerada, dando a la acumulación una dimensión más inmobiliaria que nunca y arrasando el territorio con nuevas y descomunales infraestructuras de comunicaciones y transportes, cuando no lo convierten directamente en un gigantesco basurero.

No es la primera vez ni será la última que se subestima la capacidad del régimen de acumulación para recuperarse de sus crisis periódicas reformulando sus alianzas y sus mecanismos de desarrollo, incluido su propio cuerpo productivo, pero aquí lo desconcertante es que cuando todo el mundo desde posturas más o menos reformistas imaginaba una solución al conflicto con componentes más tecnológicas y más cívicas, en las que cabría ese entendimiento entre las clases trabajadoras y las fuerzas más avanzadas —¿más modernas?— del capitalismo, que por fin derrocarían el gobierno oscurantista y retrógrado de la renta del suelo, ha acabado ocurriendo casi lo contrario.

Hay una tradición cuya primera formulación expresa se remontaría a los escritos de Henry George, en la que los intereses de la renta del suelo se enfrentarían a todos los demás y en especial a los del desarrollo industrial propiamente dicho. Es una tradición que ha alimentado muchos manuales de planeamiento urbanístico y también muchas de sus regulaciones que irían destinadas a eliminar su oposición al despliegue del sistema. Lo cierto es que, fuera de USA, especialmente desde finales del siglo XIX y hasta mediados del XX, es difícil encontrar alianzas de amplio espectro en las que estuvieran representados todos los agentes del desarrollo moderno, incluido los inmobiliarios, y que hayan funcionado de forma coherente con un proyecto cívico de base democrática. En Italia y España, como señala bien Campos, los intereses del suelo dominan la construcción del universo territorial y suponen un freno al despliegue del sistema productivo industrial y a su modernización. Habría que matizar esta aseveración para España en el sentido de que su poder realmente emerge des-

pués de la crisis de los 70 y quizás estén ahí, en la inflexión que sucede a la crisis, algunas de las claves de la actual renovada hegemonía inmobiliario-financiera en un mundo que debería haber evolucionado en una dirección opuesta.

Campos ha analizado con perspicacia algunas de las componentes de esta preeminencia, en particular las de orden superestructural que se refieren al desarrollo de una cultura de la propiedad ampliamente extendida entre los ciudadanos y asociada, podríamos añadir nosotros, a aspectos determinantes de la morfología social y su dimensión espacial, es decir, a cuestiones de reproducción social. También ha señalado las vinculaciones que pueden existir entre las plusvalías generadas dentro del sistema capitalista y el espacio inmobiliario, que actuaría como campo de acumulación más o menos seguro. De hecho reconoce las dificultades para desarrollar una “cultura de la transición” y resolver los problemas para establecer una nueva alianza con las fuerzas del capitalismo avanzado.

La realidad es que la evolución de los procesos territoriales y urbanos ha seguido un camino muy alejado del que se imaginó hace un cuarto de siglo. El desarrollo tecnológico en que muchos confiaban para alumbrar una sociedad más democrática y más libre del lastre inmobiliario, se ha puesto al servicio de la reconstrucción de un orden productivo sobreexplotador que parecía definitivamente superado y que ahora puede adquirir dimensiones planetarias gracias a estos avances. Es como si el capitalismo industrial hubiera buscado en su propia biografía las páginas más oscuras para reproducirlas ahora en una nueva escala controlada por satélite. Las viejas metrópolis, regionales o no, que un día podrían haber sido campo de experimentación de nuevas fórmulas de equilibrio y de solidaridad social, se han convertido en el vértice del nuevo régimen, donde se acumulan masivamente las plusvalías generadas en el otro extremo del mundo. O sea, constituyen un espacio inmobiliario privilegiado que ha devuelto la hegemonía a sus agentes si es que alguna vez la hubieran perdido o no la hubieran disfrutado.

Si en el diagnóstico de la crisis que alumbró la Teoría de la austeridad la clave estaba en que la acumulación se bloqueaba por cuestiones estructurales, estamos ante el escenario contrario, ya que nuestras viejas ciudades se han convertido en el espacio de acumulación por excelencia. Sin embargo todo ello no ha hecho sino aumentar nuestras contradicciones y nuestros conflictos con las dos realidades fundamentales que Campos identificaba, es decir, con la naturaleza y con la ciudad propiamente dicha, con lo urbano. Ahora todavía más que entonces la Austeridad es más que una asignatura pendiente una verdadera necesidad a medio plazo, porque la sociedad futura será cívica, democrática y ecológica, o no será. Ya no es cuestión de estrategias pacíficas hacia el socialismo, es cuestión de supervivencia y para ese proyecto siguen siendo válidas en

su conjunto las propuestas concretas y los temarios que activó la Teoría de la austeridad.

Si el diagnóstico sobre las posibilidades inmediatas de llevar hacia adelante el proyecto fue equivocado, la propuesta y su programa son ahora más acuciantes que entonces porque nos hemos alejado aún más del escenario que dibujaban. La afrenta que la globalización, tal como se ha concebido, infringe a los habitantes del planeta, a la naturaleza y a sus recursos exige una respuesta que sólo puede nacer en el seno de una nueva sociedad cívica organizada sobre una nueva mayoría democrática que se forje en el trabajo desde abajo, desde los barrios, y explore los laboratorios urbanos que la historia nos ha legado y que aún resisten a duras penas en nuestros centros históricos y en los territorios complejos, buscando una feliz conjunción con las nuevas aportaciones de la ciencia y la tecnología, tal como proponía la Austeridad. No sé si en ese esfuerzo puede encontrar su lugar “la participación creadora de las masas” o “el impulso creador de la clase trabajadora” que durante muchos años nutrió las mejoras de los procesos industriales desde las plantas de producción de las viejas fábricas, pero no hay duda de que sólo desde una reelaboración popular y crítica de los problemas desde abajo, dirigidas a construir una nueva civilización, es posible tal proeza. Es algo tan difícil ahora como hace 25 años, o más aún si cabe, y los campos de acción siguen siendo aquellos que se señalaban entonces: los superestructurales donde se rearme y transforme la cultura cívica y los estructurales donde se supriman las condiciones en las que la hegemonía dominante encuentra sus mecanismos de reproducción.

Esta vez no se trataría de establecer una alianza nueva con las fuerzas presuntamente progresistas del capitalismo porque ya se ha visto que tal cosa no existe, sino una propuesta antisistema que empiece por descabezar el bloque hegemónico inmobiliario-financiero, que conduce entre nosotros a la destrucción de la ciudad y del territorio, ofreciendo un asilo seguro a los flujos de acumulación que se producen a gran escala.

No quiero terminar estas breves reflexiones sin referirme al papel que el centro histórico ha cumplido en el discurso de la Austeridad como espacio que, en cierto modo, resume sus preocupaciones y se presenta como laboratorio privilegiado de sus buenas prácticas, como diríamos ahora.

El modelo desarrollista contra el que se levanta la Austeridad tiene efectos especialmente destructivos sobre la ciudad heredada, que se transforma radicalmente para atender las nuevas necesidades derivadas de su reconversión en centro de actividades especializadas del espacio regional metropolitano. En especial en los últimos 20 años, este espacio singular ha visto sucederse todo tipo de transformaciones que han arrasado la complejidad que la historia de la ciudad había acumulado en su tejido. Esta destrucción, que se ha alimentado de fuertes incrementos de la renta del suelo, se ha presentado en el mejor de los

casos, en el imaginario social, como una pérdida patrimonial, que podía resolverse con relativa facilidad “salvando el patrimonio”. Volviendo a utilizar el socorrido mecanismo de exclusión, bastaba con elegir cuidadosamente un elenco de objetos patrimoniales y “protegerlos” de diversa manera del naufragio. Sin embargo nadie ni nada podía salvar a la ciudad misma en toda su dimensión histórica, que se esfumaba junto con el ciudadano que la habitaba. Seguramente porque en los centros de las ciudades se refugia lo que aún pueda quedar de la civilización urbana que fue, y el germen de lo que podría llegar a ser, este lugar de excepción adquiere una dimensión estratégica fundamental. El discurso de la Austeridad centró buena parte de sus esfuerzos en rearmar la concepción de los centros históricos convertidos en campo de ensayo de políticas de vivienda, de equipamiento social y de escenario cívico: un teatro de operaciones contra la generación de plusvalías del suelo y la preservación de los valores de urbanidad que intentaba redistribuir lo urbano superando las divisiones de clase y ampliando las dimensiones colectivas. Pavía y Bolonia, sobre todo, conocieron estos esfuerzos cuyos resultados seguramente quedaron alejados de las expectativas iniciales, pero fueron testimonios del intento de resistir a los dictados segregadores de la morfología social que imponían las sociedades posindustriales.

Recuperar el debate desde los barrios para construir el nuevo edificio de las ciudades, con el tejido histórico como referencia y con un consenso de amplio espectro social, sigue siendo el único camino civilizador frente a los abusos de la globalización. En ese sentido, la Teoría y, sobre todo, la práctica de la austeridad se reúnen con las exigencias y las propuestas que derivan del discurso de la sostenibilidad en su versión más radical. El problema, ahora como antes, es rescatar al sujeto de esta apasionante aventura cultural: al ciudadano.

Madrid, octubre de 2003.

GIUSEPPE CAMPOS VENUTI

URBANISMO

URBANISMO

GIUSEPPE CAMPOS VENUTI

Por qué hablar de urbanismo

Se ha dicho de mí que, después de haber vivido durante casi cuarenta años en Bolonia, me he convertido en un boloñés con acento trasteverino¹. No he perdido el acento romano ni tampoco la costumbre, ciertamente discutible, de bromear con todo, incluso con aquello que afecta a mis propios sentimientos. Por ejemplo, a quien recuerda, con agrado, mi pasada experiencia como administrador boloñés, le respondo que en Bolonia he hecho, sobre todo, aquello que me "divertía". Quiero decir con esto que vine a Bolonia porque la tarea que me había sido encomendada me fascinaba, aceptando la elección como concejal de urbanismo por el interés que dicho trabajo suscitaba en mí. Permanecí en Bolonia, adoptándola como lugar de residencia permanente, una vez que dejé aquel cargo y todo ello porque la

¹Trastevere es el barrio romano de la orilla derecha del río Tíber.

ciudad me gustaba y porque, en suma, me sentía uno más de sus ciudadanos. Las cosas en las que creo son aquellas que, al mismo tiempo, me "divierten". En esto, suelo emplear el término romano para desdramatizar, ya que, desde mi punto de vista, es lo más apropiado para no dar la impresión de creer excesivamente en ellas y tampoco de desdenarlas.

Por lo que respecta al sentido que le doy a mi trabajo, desde un punto de vista positivo, puedo decir que, casi constantemente, me he sentido seducido por la noción de "territorio", tema que me propongo afrontar y que ha sido seleccionado junto a otros como "trabajo", "justicia" o "socialismo" para ser desarrollados en las conferencias de este ciclo². He intentado, sin embargo, cambiar la denominación propuesta, "Territorio", por un título más complejo: "Ciudad, territorio, ambiente". Pero la solución ideal sería emplear otra palabra clave: "urbanismo". El urbanismo, en efecto, constituye el término más correcto que define el alcance de una disciplina moderna que comenzó a desarrollarse como tal allá por los años de la Ilustración y de la Revolución Industrial, con un sentido cultural muy diferente de aquel que caracterizó a esta práctica en siglos precedentes. Ésta es, por tanto, mi "palabra-clave" más habitual, la que podemos encontrar, de hecho, en los títulos de todos mis libros: *La administración del urbanismo*³, *Urbanismo inconstitucional*, *Urbanismo y austeridad*⁴, *La tercera generación del urbanismo*, *Antología del urbanismo reformista*, *Cincuenta años de urbanismo en Italia 1942-1992*⁵, por citar tan sólo algunos de ellos.

Otro término muy querido por mí y que empleo con frecuencia acompañando al de urbanismo, es la palabra "reformista". Tengo que decir, a propósito de esto, que en el Partido

² El Museo Morandi de Bolonia ha promovido en 1999 un ciclo de conferencias dedicadas a las "palabras clave" del Novecientos. (N. del E.).

³ Existe edición castellana de Gustavo Gili, Barcelona, 1971 (N. del E.).

⁴ La edición castellana es de Siglo XXI de España, Madrid, 1981 (N. del E.).

⁵ Editada en castellano en Madrid por la Universidad Carlos III y el B.O.E. en 1994 (N. del E.).

Comunista, en el que he militado durante muchos años hasta que se transformó no hace demasiado tiempo, el término "reformista" estaba prohibido pronunciarlo. En realidad, en un congreso que celebró al inicio de los años cincuenta, el Partido Comunista Italiano (PCI) renunció expresamente a la revolución cruenta, adoptando la que púdicamente llamó "vía de la reforma estructural". Con esta aclaración el PCI ponía a salvo su alma para no caer en el "pecado" de la "socialdemocracia"; posición, esta última, que, hoy en día, consideramos, por el contrario, como objetivo político prioritario. En realidad, la política de los comunistas italianos y la de la administración del famoso alcalde Dozza, de la que yo he formado parte, era una política sustancialmente reformista, o al menos así era apreciada por mí.

Debe quedar claro que mi posición, incluida la que adopto ante la disciplina a la que he dedicado mi vida, aún respondiendo a cánones reformistas, tiene claras connotaciones partisanas. Dicho sea esto con todo el sentido que encierra este término, incluso por lo que se refiere a su relación con la Resistencia. En cualquier caso, como viejo partisano, no fingiré una objetividad académica, aun siendo un profesor emérito. Sigo siendo una persona que expresa vivamente las propias opiniones, con la única ventaja, quizás, de asegurarle al que me escucha que soy sincero.

Las generaciones del urbanismo

Entrando de lleno en el tema, quiero comenzar haciendo mención a un recurso metodológico que suelo emplear habitualmente. Se trata del análisis comparativo que he propuesto entre las que denomino "generaciones del urbanismo". Con ello, intento comprender los condicionantes de origen político, económico, social, jurídico y cultural que han influido en los procesos

urbanos que se han sucedido en diferentes momentos históricos. Estudiar estas “generaciones” nos ayuda a comprender el qué y el porqué de lo sucedido en el pasado; también con qué condicionantes debemos contar hoy en día para intervenir en la ciudad y en su territorio, así como la manera de afrontarlos para una tarea semejante. Es en este marco en el que hay que circunscribir mi posición personal, es decir, el entendimiento que hago del urbanismo como “práctica reformista”.

Viajando por Europa, el continente con el que me identifico, en el que he vivido y trabajado, con el cual tengo una plena correspondencia cultural, he llegado a la conclusión de que, durante la segunda mitad del siglo XX, podemos reconocer tres períodos, tres generaciones de urbanismo, claras y explícitamente identificables: la *Reconstrucción*, la *Expansión* y, en los últimos quince años, la que llamo la *Transformación*. Estos períodos se han manifestado con pocas diferencias, adoptando formas similares, en todos los países de Europa. Incluso aquellos que no han sufrido la guerra, como Suecia, durante la posguerra europea, han afrontado la Reconstrucción de modo análogo a quienes sufrieron el conflicto. Es lo que sucedió también en España, país que vivió una guerra anterior, o en Alemania, destruida por la guerra en mayor medida que ningún otro país europeo.

Un amigo escéptico, en relación con la propuesta de las “generaciones” que he planteado, me ha hecho observaciones críticas que yo valoro como el mejor cumplido. Ha considerado, en este sentido, el “análisis de las generaciones” tan “*irrelevante como aquel que hace referencia a los estratos geológicos*”. No debemos pasar por alto, a propósito de este comentario, el hecho de que no todos los urbanistas entienden de geología y que, en ocasiones, no se tiene en cuenta que el estudio de los estratos geológicos ha dado lugar, en los últimos treinta años, al gran descubrimiento de la deriva de los continentes, un hecho que ha revolucionado las disciplinas que se ocupan del estudio de la tierra. Por otro lado,

tampoco se piensa que el estudio de los estratos geológicos nos es indispensable para afrontar los efectos de los terremotos. Si el análisis de las generaciones del urbanismo fuese realmente tan útil, estaría muy orgulloso de haber sido el primero en hablar de ello.

La Reconstrucción

Veamos, en primer lugar, cómo se ha afrontado la *Reconstrucción* en los diferentes países europeos. Para los italianos, este período ha resultado poco brillante, ya que hemos adoptado una actitud muy diferente con respecto al resto de Europa, tanto la del Este como la del Oeste. En efecto, en los regímenes capitalistas como en los colectivistas, la forma de abordar la Reconstrucción supuso, ante todo, un compromiso con la cualidad urbana. Los planes de Reconstrucción, en Varsovia y en Leningrado, en Londres y en Rotterdam, fueron siempre ambiciosos y aprovecharon la realidad de las destrucciones bélicas para emprender la renovación completa de las ciudades. En algunos países, los grandes programas de Reconstrucción fueron planteados, incluso, durante los años de guerra. Es el caso de Rotterdam, donde los urbanistas comenzaron a pensar en los planes de reconstrucción trabajando en los sótanos de los edificios, mientras la ciudad estaba ardiendo bajo las bombas incendiarias nazis. Por su parte, el Plan de Londres, el Plan Abercrombie de 1943, se comenzó a elaborar al mismo tiempo que los misiles llovían sobre la ciudad. Y lo mismo, mas o menos, se hizo en Leningrado. Se trata, seguramente, de resultados diferentes dados en el marco de regímenes muy dispares, pero todos ellos compartían la voluntad de reconducir la destrucción de la que partían hacia la materialización de una nueva cualidad urbana, es decir, obtener

un “bien” a partir de un “mal”. Esto era lo que los asemejaba a unos con respecto a los otros.

A veces me pregunto, aunque no sería difícil de explicar, porqué nosotros, los italianos, decidimos mediante un decreto, antes incluso de que la guerra hubiese terminado, en marzo de 1945, suspender la legislación urbanística aprobada tres años antes, en 1942. Con dicho decreto, se eliminaba del Plan Regulador su capacidad para planificar la totalidad del ámbito municipal, limitando las determinaciones del Plan de Reconstrucción sólo a aquellos sectores urbanos que habían sido abatidos por causa de la guerra. De esta forma, en Bolonia, en Milán, en Turín, en Génova y en Nápoles, los Planes de Reconstrucción no abarcaban, como objeto de proyecto, la totalidad de la ciudad sino únicamente operaciones de modesta entidad con las que se pretendía reconstruir sólo aquellos sectores donde se habían dejado sentir los efectos de los bombardeos. La Reconstrucción se convirtió, en este sentido, en una práctica interesada en intervenir en los lugares donde se habían producido los bombardeos, con resultados finales negativos en relación a cómo era la situación anterior al desastre: reconstruir, por tanto, “donde estaba” pero bastante peor de “como estaba”.

En las estrategias de la Reconstrucción en Europa, tanto en oriente como en occidente, tanto en países colectivistas como en los capitalistas, se ha planteado, en primer lugar y como principio básico, la construcción concreta de infraestructuras, servicios e industrias antes que de las viviendas propiamente dichas. Italia, por el contrario, ha sido el único país que empezó reconstruyendo los edificios residenciales, a pesar de que no se presentaba, a priori, como el país más devastado. Y dado que no había suficiente capital público para emprender dichas reconstrucciones, decidimos confiarlas al capital privado. Pero, para hacer posible la presencia de dichos capitales privados, se impuso la necesidad de elevar la edificabilidad hasta entonces existente en las áreas

que habían sido destruidas. Se trataba de barrios populares donde se levantaban casas de dos o tres alturas. Con la reconstrucción, esas alturas se elevaron hasta ocho o diez. De esta forma, se garantizaba a los inversores unas ganancias muy elevadas, que expresaban no tanto un beneficio industrial como una renta urbana especulativa generada por el propio plan municipal.

No fueron muchos, por entonces, los monumentos restaurados. Y los que se restauraron no se hicieron muy correctamente. Los boloñeses, a decir verdad, se encuentran entre los mejor reconstruidos. Pero, eso sí, barrios históricos completos fueron sustituidos por edificios especulativos de gran densidad. En este sentido, en Bolonia no se actuó mejor que en otras ciudades: vía Lame y vía del Borgo eran zonas populares, calles modestas con pequeños edificios de valor histórico que fueron sustituidos por horrendos palacios, incluso mal diseñados. Las devastaciones bélicas, al impulsar estas otras alteraciones, han provocado, vía reconstrucción, la destrucción de ambientes históricos que se habían salvado de la guerra.

La Expansión

Una Reconstrucción de este signo, en Italia, ha marcado el camino a seguir durante la larguísima fase sucesiva que yo llamo de la *Expansión*, es decir, la identificada con un desarrollo cuantitativo de las ciudades, el período durante el cual han crecido las grandes y escuálidas periferias. Una vez más, el sentido de la Expansión en Europa es diferente del italiano. Aquí, como decía, se comenzaron a reconstruir las viviendas antes que cualquier tipo de infraestructuras o servicios. Aquel que haya viajado por Europa hace años, recordará las ciudades alemanas durante los años cincuenta. En ellas, las viviendas estaban destruidas pero los la-

drillos recuperados se encontraban amontonados en filas ordenadas, “a la alemana”, a lo largo de las aceras, en espera de ser reutilizados en el momento oportuno. Y la gente, mientras tanto, vivía en sótanos en condiciones lastimosas. Estos alemanes, en realidad, deben su riqueza actual a esa capacidad mostrada para apretarse el cinturón durante los diez primeros años de la posguerra. Nosotros, los italianos, nos hemos comportado, muy al contrario, como cigarras derrochadoras: nuestras dificultades actuales son herencia de decisiones equivocadas tomadas entonces.

Otra cuestión que deseo plantear es la siguiente. Pienso que no hay un economista que escuche a un urbanista. Mis mejores amigos economistas no han sabido nunca responderme a una pregunta que les hago desde hace ya treinta años. Es siempre la misma: ¿por qué se sustraía a la industria la enorme cuota de capital privado y público invertido en viviendas tenidas en propiedad, malgastando de tal manera la riqueza del país?. Pienso que los economistas italianos tienen una gran responsabilidad en esta infravaloración, ya que no han sabido advertir de estos riesgos a los políticos y a la opinión pública.

Volviendo al urbanismo, pienso que nuestra manera de proceder a la reconstrucción después de la guerra nos ha permitido confirmar un vicio mental, probablemente histórico, de los italianos. Se trata de la profunda convicción de los ciudadanos, también del derecho y la jurisprudencia, de que el derecho a edificar coincide y se identifica con la propiedad individual del suelo. A los italianos, en suma, nadie consigue quitarles de la cabeza que si uno es propietario de un trozo de tierra puede construir sobre él lo que le parezca. No sólo el urbanismo y la ciudad, sino también la arquitectura y los edificios como tales, han pagado un alto precio por ello, creando situaciones patológicas en la medida en que respetaban esta convicción, esta mala hierba de la cultura italiana que no hemos sido jamás capaces de erradicar, ni siquiera jurídi-

camente. Fuera de Italia, por el contrario, la expansión de las ciudades se ha producido ocupando áreas que fueron decididas, como tales, por los municipios. En Holanda, o en los Países Escandinavos, estas expansiones se ordenaban, con frecuencia, sobre terrenos adquiridos por la colectividad. En Alemania y en Francia, por su parte y en la mayoría de los casos, sobre terrenos privados. En Inglaterra, tras un primer momento de primacía de lo público con el gobierno laborista de la posguerra, la expansión urbana recayó sobre áreas privadas. Pero, en cualquier caso, las áreas de la expansión urbana han sido siempre decididas por la colectividad. Incluso, a cambio de los derechos de edificación establecidos por la colectividad, los propietarios de las áreas privadas y públicas han hecho frente al coste que supone la dotación a la ciudad de los servicios necesarios. En realidad, la renta, como categoría económica, no desaparece, en Francia o en Suiza, pero no es el condicionante del desarrollo urbano. El régimen inmobiliario, tanto en Suiza como en Francia, es privado, pero no está dominado por la especulación. El producto edificatorio, en consecuencia, se enmarca y es el resultado de una visión empresarial no especulativa. Está obligado a responder a las leyes de la competencia, que contribuyen a una mejora cualitativa, ya que el mejor producto proporciona, a su vez, el beneficio más alto.

Cómo se ha reconstruido Italia

En Italia no ha sucedido de esta manera. Recuerdo con frecuencia una frase impresa en un muro, probablemente escrita por algún activista democristiano, que me pareció, por entonces, polémicamente retórica, aunque, al final, haya resultado extraordinariamente profética: "*No todos proletarios, pero todos propietarios*". Estoy seguro de que el autor de esta frase no sospechaba lo cierto de su premonición. Hoy en día, en efecto, sólo uno de ca-

da cinco trabajadores italianos pertenecen al sector industrial, mientras que cuatro de cada cinco ciudadanos son, actualmente, propietarios de las viviendas que habitan.

En Italia, por otro lado, la política urbana de los gobiernos que impulsaron la expansión y el desarrollo de las ciudades no se manifestó muy explícitamente, quizás, pero, en la práctica, resultó bastante clara. El Plan Fanfani data del año 1949, es decir, hace ya medio siglo. Este plan era denominado, con toda honestidad, como "*Plan para el incremento de la ocupación obrera*". Después, lo llamaron "*INA Casa*", eludiendo, en cualquier caso, el nombre de "*Plan para la construcción de casas baratas*". Es cierto que el Plan Fanfani sirvió también para dar trabajo a muchos desocupados, acallando, de este modo, a comunistas y socialistas a quienes sólo les preocupaba este problema y no tenían la visión de futuro necesaria para advertir de las consecuencias económicas que podrían derivarse de una actitud política semejante. De hecho, el Plan Fanfani, asegurando la financiación durante los siete primeros años de su vigencia, garantizó el nacimiento de empresas constructoras, empresas muy rudimentarias con bajísimos costes de implantación que no sólo dieron trabajo a cientos de miles de obreros, sino que permitieron, a su vez, la creación, a partir de la nada, de miles y miles de pequeñas empresas constructoras.

Pero, una vez superado este período de siete años en los que el INA Casa actuó como entidad de programa, esas financiaciones provenientes del Estado se fueron haciendo más lentas, lo que supuso una reducción drástica de la inversión pública en la construcción de hasta un 10%, incluso un 5%, del total. Para entonces, sin embargo, las empresas constructoras habían alcanzado una cierta solidez y desarrollaban su actividad por cuenta propia. Por cuenta propia es un decir, ya que entre 1949 y 1950 se aprobaron, por el gobierno democristiano, dos importantes leyes: la Tupini y la Aldisio. Al amparo de estas leyes se utilizaba el dinero de los ahorradores para prestarlo, libre de impuestos, a

los constructores. Por su parte, a los ciudadanos que querían convertirse en propietarios de viviendas, se les financiaba el 75% de su coste mediante hipotecas a 35 años, con un interés del 4%. Por entonces, yo era un joven estudiante que, para sobrevivir, trabajaba como delineante en grandes estudios profesionales. No es mi deseo recordar cómo se trucaban los cálculos métricos para hacer llegar al 100% el 75% del coste financiable previsto por la Ley. Así, con la hipoteca al 4%, lo que se pagaba por toda la casa ni siquiera hacía frente al precio real del dinero.

Los resultados de esta política los tenemos hoy delante de nuestros ojos. En el año 1951, tan sólo el 40% de las viviendas italianas estaban en régimen de propiedad y se localizaban, casi todas ellas, en entornos rurales. En 1971, dicho régimen de propiedad se elevaba al 50%. Y, años más tarde, tras el "boom" inmobiliario, en 1981, la propiedad alcanzaba el 60%, hasta llegar, en 1991, al 72%. Hoy, las viviendas en propiedad representan casi el 80% del parque inmobiliario residencial italiano.

Como decía anteriormente, en la actualidad, cuatro de cada cinco viviendas son propiedad de las familias que las ocupan. En Europa este porcentaje se reduce a la mitad, como máximo a dos tercios del italiano. Este capital privado, sustraído a la industria, es el ahorro de los ciudadanos, dinero que se ha dedicado a financiar las nuevas viviendas en propiedad; viviendas, no olvidemos, que fueron construidas en las peores condiciones, lo que dio lugar a un producto inmobiliario de pésima calidad. Y esto fue necesariamente así porque la "renta inmobiliaria", producto del proceso inmobiliario emprendido, coincidía plenamente con la totalidad del "beneficio empresarial". Al ofertarse un producto-vivienda a bajo coste se pensaba, como dice el refrán, que "*a caballo regalado no le mires los dientes*" y, por ello, ante esta realidad, no se planteaba ningún tipo de posición crítica con respecto a la adquisición inmobiliaria llevada a cabo. Por otro lado, durante decenios se ha pensado de estas viviendas que eran una verdade-

ra porquería, entre otras cosas, porque las financiaba indirectamente el Estado.

La renta lo absorbía todo, mientras el posible beneficio empresarial derivado de la competencia o el riesgo industrial no tenía protagonismo. No es de extrañar, en este sentido, el hecho de que los constructores, incluso los más pequeños, los peones, identificasen sus intereses con los de los especuladores inmobiliarios, al menos la gran mayoría.

Si el proceso de construcción de la ciudad se inscribe en este "modelo" y se adopta como concepción predominante aquella según la cual cada uno puede construir lo que quiera y como quiera sobre su propiedad, se está aceptando también la idea de que para construir no es necesario dar nada a cambio. Los servicios, las infraestructuras, las zonas verdes que permiten que la ciudad pueda denominarse así, no deberán, en este sentido, ser financiados, como sucede en Europa, por quienes construyen las viviendas, las oficinas, las industrias. El resultado de todo ello es que las ciudades crecen sin servicios.

Hasta finales de los años setenta las nuevas viviendas construidas no han pagado una sola lira por razones impositivas. Por absurdo que parezca, estos impuestos afectaban sólo a los edificios antiguos, los cuales, obviamente, se han ido arruinando, ya que ningún propietario se gastaba nada en el mantenimiento de una casa vieja, más aún cuando los alquileres exigidos a los usuarios estaban congelados por ley. Los propietarios de estas viviendas estaban obligados, eso sí, a pagar algún tipo de impuesto. ¡Esta es la historia reciente de Italia!

La reforma del urbanismo

No se exigía nada, ni a los constructores ni a los futuros propietarios, para hacer frente a la financiación y construcción de los servicios públicos y de las zonas verdes. Ésta es la razón que explica el hecho de la edificación de las horribles periferias que hoy presenciamos en nuestras ciudades. De todo ello han resultado barrios carentes de zonas verdes y con una gran escasez de servicios. Para remediar esta situación, sin embargo, se intentó, al inicio de los años sesenta, cambiar, desde sus raíces, este modelo urbano. Se puso en marcha a tal efecto una atrevida reforma que fue impulsada por un ministro democristiano. Sus intentos, al final, fueron vanos y propiciaron que dicho ministro fuese defenestrado por su propio partido.

Esta reforma fallida no pudo llevarse a cabo al amparo de una ley estatal, aunque en algunas ciudades, como fue el caso de Bolonia, la reforma del ministro Fiorentino Sullo pudo aplicarse sin provocar las contradicciones que se habrían derivado de su sanción por parte del Parlamento Nacional. Durante las décadas de los años sesenta y setenta, y a lo largo unos veinte años, en Bolonia y también en Reggio Emilia y en Módena⁶, donde he trabajado respectivamente como concejal y como consultor de planes urbanos, se ha aplicado el modelo de crecimiento urbano preconizado por la reforma Sullo, es decir, la llamada "expropiación generalizada" de casi todos los terrenos agrícolas que se calificaban como urbanos y sobre los que se procedía a su adquisición por su valor inicial como suelo rústico. Estos terrenos eran urbanizados para después ser revendidos a los futuros usuarios y todo ello atendiendo a la Ley de Reforma como si, en realidad, hubiese sido aprobada.

⁶ Reggio Emilia y Módena son ciudades de la misma región, Emilia-Romagna.

En la ciudad de Bolonia, para hacer posible la reconversión de los terrenos agrícolas en urbanos a través de la mediación de las entidades públicas, es decir, mediante su adquisición por el Ayuntamiento, la negociación emprendida adoptó la forma de un "pragmatismo a la emiliana". Puedo decir, a propósito de este hecho, que es una de las cosas que más me han fascinado de esta tierra. En este caso, el proceso consistía en proponer, en primer lugar, la expropiación para, después, ofrecer a los afectados un 30% más del precio real derivado de la misma, siempre que los propietarios no se opusiesen a la cesión que se estaba llevando a cabo. De esta forma, se evitaban demoras burocráticas y demás molestias administrativas para todos y se abonaba con cierta rapidez las cantidades correspondientes a los propietarios involucrados.

Pues bien, durante aquellos veinte años, el porcentaje de territorio rural que se incorporó a la ciudad de Bolonia mediante este tipo de adquisición municipal llegó a alcanzar el 85%, es decir, aproximadamente 1700 hectáreas de las algo más de 2000 que se ocuparon para hacer frente a la expansión urbana que se produjo durante aquel período. Algunos de los presentes recordarán las excursiones que hicimos juntos por la periferia boloñesa en aquellos años. Muchos otros, actualmente, es posible que no conozcan estos barrios, como el de la Beverara, donde ahora han establecido su sede los Demócratas de Izquierdas, el de Fossolo, la Filanda, el Cavedone, la urbanización Gallia y otros. Barrios de iniciativa municipal y también de iniciativa privada, caracterizados, todos ellos, por detentar una gran calidad urbanística y arquitectónica y por tener grandes superficies verdes y una cuota muy elevada de servicios urbanos. Los empresarios privados que aceptaban trabajar en estas condiciones se veían obligados a competir con lo que realizaban las iniciativas municipales en los barrios vecinos. Entre los requerimientos a los que quedaban sometidos, hay que destacar el que obligaba al mante-

nimiento del standard para zonas verdes, es decir, 30 metros cuadrados de zonas verdes y servicios por cada habitante.

Si visitamos la urbanización privada diseñada por el arquitecto Zacchioli o la de los Cedros, del arquitecto Pancaldi, y los barrios de iniciativa municipal del Fossolo o del Cavedone, nos encontraremos con muchos servicios, amplias zonas verdes y árboles estupendos con más de treinta años de vida. Esto nos muestra que los procesos de expansión urbana no tienen porque ser necesariamente patológicos, como se cree, y que, por el contrario, pueden plantearse desarrollos urbanos controlados y dotados de calidad.

Durante muchos años, siguiendo este modelo, tanto en Bolonia como en Reggio Emilia o en Módena, se han construido periferias absolutamente excepcionales si las comparamos con el nivel medio de urbanización italiano. Se trata de barrios que, actualmente, se presentan inmersos en el verde que conforman numerosos árboles y extensísimos prados, árboles muy desarrollados y de una gran hermosura, lo que nos permite argumentar que estos barrios apenas tienen nada que envidiar a las periferias holandesas o suecas. Estas periferias europeas, por cierto, son aún muy visitadas por arquitectos italianos, quienes se aproximan a ellas como si se tratase de un auténtico “peregrinaje”.

Durante años he mostrado a mis alumnos del Politécnico de Milán estos barrios boloñeses y he observado su incredulidad ante la realidad que observaban. Porque, además de la calidad que caracterizaba a estos barrios periféricos, poco habitual en Italia, estos barrios populares y económicos, construidos en terrenos urbanizados por iniciativa municipal, se localizaban en áreas que podríamos llamar céntricas, ya que ocuparon, por entonces, los mejores lugares disponibles para proceder a las expansiones de la ciudad. Se trata, por tanto, de periferias populares “no periféricas”.

Se ha producido, en este sentido, y siguiendo las experiencias citadas, una verdadera transformación del modelo de desarrollo especulativo que ha caracterizado a las ciudades italianas. Los barrios populares construidos en los años sesenta, como es el caso del Fossolo, por ejemplo, se localizaban tres o cuatro kilómetros más próximos al centro que los últimos barrios populares construidos en los años cincuenta. De estos años, sirva de ejemplo el Barrio INA Casa "delle Due Madonne", que estaba situado casi en el límite con el municipio de San Lazzaro. Es de destacar, también, el hecho de que en estas zonas más periféricas, no utilizadas para barrios populares, se construían los barrios privados que, normalmente, ocupan una localización dotada de cierta centralidad. A estos barrios privados, a pesar de localizarse en zonas relativamente alejadas, nunca les faltaba calidad urbanística. Valga como ejemplo la urbanización privada situada a lo largo del río Savena, en los límites del término municipal, donde se encuentra el espléndido Parque de los Cedros, zona verde realizada sobre áreas cedidas por la propiedad como compensación por la edificación permitida.

Hacia la mitad de los años ochenta, este "modelo boloñés" de expansión cualitativa sufrió una serie de modificaciones negativas. Se abandonó, por parte de los nuevos administradores, el modelo urbano desarrollado en los decenios precedentes y la presencia de grandes zonas verdes dejó de ser la característica distintiva de los nuevos barrios urbanos. Las horrendas torres que se levantaron, sin una hilera de verde alrededor, entre la Circunvalación y la línea ferroviaria Bolonia-Ancona, representan un ejemplo emblemático de la involución urbanística acaecida en los últimos años.

En los años sesenta, por el contrario, la política urbanística del municipio demostraba, con hechos, que era posible evitar, entre otras cosas, la concentración del terciario en el Centro Histórico. Se acometió la descentralización de dichas actividades

y se procedió a su localización en las periferias de entonces. De esta forma, se evitó la construcción de las nuevas oficinas de grandes entidades que se pretendían localizar en la centralísima Plaza de los Mártires y se planteó, como alternativa, lo que se llamó "Fiera District". La decisión de adoptar, como espacio de negocios, este "distrito" para la nueva Feria preocupó a algunos de los administradores boloñeses, quienes exclamaban: "*pero cómo, ¿en medio del campo?*" Por entonces, dicho lugar estaba plantado de álamos, muchos de los cuales aún se conservan, lo que ahora hace a algunos reflexionar en este sentido: "*pero cómo, si todavía están aquí esos álamos. ¿Esto es el campo o la ciudad?*". Todos estamos de acuerdo, hoy en día, que sería necesario descentralizar nuevamente la Feria, al menos sus manifestaciones más conflictivas. Sabemos, sin embargo, que, desgraciadamente, atendiendo a las futuras instalaciones programadas, durante los próximos quince años no se producirá ningún nuevo traslado de pabellones feriales.

Por lo que respecta a las nuevas zonas industriales completamente urbanizadas, se vendieron a empresarios a precio de "producción", es decir, como suelos rústicos, añadiéndoles únicamente el coste derivado de su urbanización. Al final, la "nacionalización del suelo urbano", amenazada, por entonces, por algún opositor, no se llevó a cabo de ninguna manera. Casi todos los terrenos perdieron su posible titularidad pública y sólo la conservaron los suelos ocupados por servicios y zonas verdes, garantizando así la calidad urbana. Se trata de un modo de gestionar la expansión urbana muy diferente del que podemos observar en la mayoría de las ciudades italianas.

La salvaguardia del Centro Histórico

Desde Bolonia sugerimos, también por entonces, otra propuesta. Esta vez de un matiz cultural más concreto. Se trataba de las acciones que afectasen al Centro Histórico. Propuesta difícil de recordar hoy, después de treinta años de su formulación, cuando ya es compartida por todos. Debemos confesar el hecho de que, para la mayoría de los ciudadanos y también para algunos intelectuales boloñeses de aquellos inicios de la década de los sesenta, la idea de salvar “viejas casuchas” no resultaba muy convincente. Todos estos sabios que hoy escupen sentencias a diestro y siniestro, quién sabe qué hacían realmente por entonces. En aquel entonces se requerían muchos esfuerzos y una intervención valiente para llegar a entender aquello que, culturalmente, era inevitable: la salvaguardia de sólo unos pocos monumentos propuesta, hace ya dos siglos, por los Ilustrados no es suficiente, ya que lo realmente importante debe consistir en implicar en esa salvaguardia a la totalidad del “tejido” del Centro Histórico. Los Superintendentes que ahora dictan leyes no estaban presentes, por entonces, para hacer posible esa salvaguardia y, si lo estaban, fue para consentir, por ejemplo, que la iglesia barroca de San Giorgio in Poggiale fuese demolida y transformada en un supermercado, lo que hizo que el Ayuntamiento tuviese que asumir la tarea de parar la acción emprendida por estos “veladores” del patrimonio. Se estaba forjando, en suma, un Ayuntamiento sensible a la política reformista impulsada desde el Instituto Nacional de Urbanismo, desde Italia Nostra, es decir, desde instituciones que constituían una minoría intelectual de vanguardia que no representaban, en realidad, a la mayoría de la cultura y de la política ciudadana.

El programa de intervenciones para la salvaguardia urbanística del Centro Histórico de Bolonia constituyó una gran innovación cultural, admirada e imitada no sólo en Italia, sino en toda

Europa. Estando, como profesor invitado, en la Universidad de Berkeley en los años ochenta, solicitaban muy a menudo de mí que hablase de cómo se había planteado la recuperación urbanística del Centro Histórico de Bolonia. Podemos decir, en este sentido, que la actitud de respeto y conservación que, hoy en día, se adopta en Italia a propósito de la protección de los bienes culturales histórico-arquitectónicos se remite a aquella iniciativa que se desarrolló, durante la década de los años sesenta, en Bolonia. También hay que decir que algunas de las posiciones intelectuales que han apostado por esta experiencia boloñesa se han mostrado, en ocasiones, excesivamente acrílicas y exageradas, adoptando actitudes típicas de aquellos que pretenden ser más papistas que el papa.

Con respecto a esta política urbana adoptada para el Centro Histórico, tenemos que decir también, por desgracia, que el compromiso urbanístico originariamente emprendido ha experimentado, en los últimos años, un proceso involutivo. El punto de partida y el objetivo de este compromiso apostaba, como se recordará, por la salvaguardia global de la ciudad histórica, arquitectónica, social y funcionalmente hablando, no sólo la referida, exclusivamente, al monumento. Pues bien, precisamente, es este contemplar la Ciudad Histórica como ámbito unitario lo que ha sido progresivamente abandonado. Es verdad que la salvaguardia social, es decir, la que hace referencia al mantenimiento, en el marco del Centro Histórico, de las clases populares que aún lo habitaban en los años sesenta, era, de hecho, un propósito imposible de respetar íntegramente. En primer lugar, porque, por entonces, las clases sociales se estaban transformando radicalmente y comenzaba a ser cuestionable dicho “mantenimiento social” como si de una guarida de osos panda se tratase. Pero, también, porque parte de aquellas clases sociales que entonces habitaban el Centro Histórico han preferido, comprensiblemente, trasladarse a los barrios dotados de importantes zonas verdes

que el propio Ayuntamiento estaba construyendo en las zonas de expansión.

También hay que decir que, en aquellos lugares donde se habían realizado operaciones de “restauración social” además de arquitectónica, como es el caso del cuidadoso saneamiento llevado a cabo en la vía San Leonardo, el paso del tiempo ha ido desbaratando los programas originales. En efecto, las familias pertenecientes a las clases populares, que habían sido alojadas en las viviendas restauradas a tal fin, han cambiado de status demográfico después de un cuarto de siglo. Sus hijos, al crecer y madurar, han abandonado las casas de sus padres. Éstos, por su parte, se han quedado solos, han envejecido, incluso enviudado. La vía San Leonardo se ha convertido, en este sentido, en un gueto para viejos. Es por ello por lo que podemos decir que, a la vista de estos resultados, la salvaguardia social emprendida antaño manifiesta, hoy en día, inesperados aspectos críticos que sólo con el tiempo se podrán superar.

Lo que sí podría haberse evitado, y no se logró, fue el abandono de la salvaguardia funcional del Centro Histórico. El excesivo énfasis puesto en la salvaguardia arquitectónica implicó un alto coste, tanto social como económico. El hecho de que gran parte de las restauraciones que afectaron al tejido histórico fuesen promovidas por entidades bancarias y por la Universidad, instituciones que, hoy en día, ocupan y se apropian de calles enteras, ha representado un golpe muy grave para el Centro Histórico y para la ciudad en su conjunto. El resultado final es que el Centro Histórico ha ido perdiendo, progresivamente, su condición de espacio residencial, es decir, lo específico que debe constituir el elemento y la condición indispensable para proceder a su salvaguardia real. Las condiciones sociales de los ciudadanos pueden transformarse, como, de hecho, ha sucedido en todo el país y en los últimos treinta años. Las condiciones socio-económicas de la población han cambiado radicalmente, en

efecto, pero esto no debe contradecir el hecho de que residir en el Centro Histórico, independientemente de la condición social de los individuos allí presentes, constituye la garantía primordial para impulsar su vitalidad y conservación.

La decisión adoptada de permitir el uso residencial en los desvanes fue útil aunque no suficiente. Los habitantes que fueron expulsados del Centro Histórico, a causa de las operaciones de restauración emprendidas por los bancos y la Universidad, han alcanzado cotas lo suficientemente elevadas como para que el tejido de este sector urbano no pudiese tolerarlo. La población del Centro Histórico, es cierto, no baja de los 50.000 habitantes, pero éstos no bastan para que domine la residencia sobre el terciario, supremacía residencial que es imprescindible para que el Centro Histórico ejerza como ciudad, como lugar urbano. Actualmente, en el Centro Histórico se aprecia un dominio aplastante del terciario sobre la residencia.

Al éxodo residencial le siguió el del pequeño comercio y artesano de servicios. En lugar de este tejido urbano complejo, rico por acumular establecimientos vitales, se va configurando aquel otro en el que dominan los escaparates vinculados a las grandes firmas, escaparates que no son, en sí, tiendas en sentido estricto, sino estructuras publicitarias de grandes industrias. Su presencia en el Centro Histórico, siempre más invasora, es posible porque disponen del poder económico suficiente como para desembolsar precios fuera de mercado para hacerse con los despojos del comercio tradicional, que no resiste la competencia.

Todos los que han obstaculizado, con éxito, la batalla por una reducción programada del tráfico en el Centro Histórico sostienen que lo han hecho en defensa del comercio. Creo que se equivocan, conscientemente o no, y ello por la sencilla razón de que la gran mayoría de los pequeños y medianos comerciantes se encuentran entre las principales víctimas de una política urbanística que no ha sabido defender la función residencial predomi-

nante en el Centro Histórico y que no ha comprendido, por otro lado, que una limitación programada del tráfico rodado favorecía dicha función residencial y el comercio ligado a ella.

La salvaguardia de la colina verde

Al inicio de los años sesenta no se hablaba mucho de salvaguardia de los Centros Históricos, tampoco de Ecología. Aún así, la protección de la Colina boloñesa comenzó a plantearse por entonces, es decir, en aquella época difícil en la que primaban, por encima de todo, los procesos indiscriminados de expansión urbana. El antiguo Plan Regulador, aprobado en 1958, planteaba que la Colina podía ser íntegramente edificada. Con un tipo de edificación, todo hay que decirlo, no excesivamente intensiva, admitiéndose, como máximo, cuatro alturas. En fin, ¡no demasiado grave!. Pero, como ya sabemos, se comienza con cuatro alturas y no se sabe con cuántas se termina, cementado toda la colina.

El camino que habíamos emprendido, con el objetivo de fortalecer la idea del “urbanismo reformista”, nos llevó a la conclusión de que la única manera de “socializar” aquel “bien ambiental”, la Colina boloñesa, no debería consistir en construir, en dicho territorio, casas populares en lugar de las casas señoriales que ya comenzaban, por entonces, a materializarse en las laderas de las colinas. Debería tratarse, más bien, de salvaguardar en su conjunto dicho “territorio ambiental”, haciendo de la Colina un lugar accesible para todas las clases sociales. Esto implicaba conservarla como un bien común y esta propuesta podría estar condicionada, en principio, a su expropiación. Pero, en la realidad, esta alternativa no era posible, sobre todo la expropiación de la totalidad del territorio de la Colina. Sí era posible, en cambio, la

realización de algún parque aprovechando las cualidades ambientales de este entorno natural. De hecho, algunos de estos parques se abrieron enseguida y otros se materializaron algo más tarde. Pero lo más importante de todo consistió en hacer posible la supervivencia del conjunto, la conservación y recuperación de un bien ambiental al que la ciudad no podía renunciar.

Los boloñeses, por otro lado, no parecen darle demasiada importancia al hecho de que su Colina haya permanecido como una gran zona verde que hace de fondo visual desde cualquier punto de la ciudad, sin olvidar su inestimable valor como “pulmón”. Todo ello permite que los parques, e incluso el campo, lleguen y estén en contacto con los márgenes meridionales del Centro Histórico. No se es consciente en Bolonia, hoy en día, del hecho de que tan sólo hace unos años la Colina corrió el riesgo de convertirse en una “colada” de cemento, como, de hecho, ha sucedido en Nápoles, en Génova o en el Monte Mario de Roma. Tampoco se es consciente de que la presencia actual del “verde”, identificado con los diversos parques que se distribuyen también de forma dispersa por toda la ciudad, en los barrios localizados a lo largo de los ríos Savena y Reno, es el resultado de una sensibilidad ecológica, activa y concreta, que se desarrolló mucho antes de que los movimientos ecologistas se pusiesen de moda.

El fracaso del tráfico

De aquellos años, sin embargo, tengo que lamentar un único, aunque muy grave y significativo, fracaso de la “urbanística reformista” boloñesa. Un fracaso alarmante que se convirtió, en decenios sucesivos, en la matriz que supuso una involución en la manera de concebir y de desarrollar la práctica urbanística. Estoy hablando del tráfico. Se trata de un tema que, por entonces, a

decir verdad, hace cuarenta años, resultaba más difícil de valorar. Recordemos que en la Italia en 1961 se contabilizaban 6 automóviles por cada 100 habitantes. Diez años más tarde, esta proporción era de 22 automóviles por cada 100 habitantes y alcanzaba los 36 en 1981. Hoy, la relación es, más o menos, de 60 automóviles por cada 100 habitantes. Nuestra incapacidad de prever el futuro del tráfico, por lo que hacía referencia, sobre todo, al colosal crecimiento del parque automovilístico, no nos permitió, en Italia, tampoco en Bolonia, adoptar, por entonces, una política moderna con respecto a su regulación y control.

Las causas de este fracaso encuentran su origen en lo que yo llamo la "anomalía genética" de las ciudades italianas. Nuestra ciudades, al contrario de lo sucedido en los grandes centros urbanos europeos, no crecieron, desde principio del siglo XX, apoyándose en infraestructuras de transportes sobre raíles y no se sustentaron, por tanto, en ferrocarriles, metros y tranvías. Las primeras periferias de las grandes ciudades europeas estaban servidas por líneas ferroviarias, de manera que se garantizaba el traslado de las masas de trabajadores a sus lugares de trabajo mediante el uso del transporte público. Más tarde, estos transportes ferroviarios urbanos se difundieron de forma extensiva por todo el territorio cercano a la ciudad y el transporte metropolitano, el "metro", se convirtió en el símbolo de la modernidad urbana. Este fenómeno no sólo se manifestó en Londres, París o Berlín. Los italianos ignoran que en Madrid se puso en marcha el primer tramo del "metro" en 1919. Por su parte, Barcelona cuenta con este medio de comunicación desde 1926, mientras que a Milán no llegó hasta 1964 y a Roma en el 1976. Los resultados finales de esta política de transportes urbanos también muestran diferencias sustanciales. Valga como ejemplo el hecho de que mientras Roma sólo cuenta, hoy día, con 2 líneas de "metro", en Madrid, por el contrario, están en servicio una decena.

Las ciudades italianas, sin embargo, han protagonizado su gran desarrollo urbano tras la segunda Gran Guerra, es decir, cuando ya se había iniciado el fenómeno de la motorización de masas. Pero ha sido sólo en Italia donde la dependencia con respecto al transporte rodado ha supuesto dejar de lado, no darle la importancia suficiente, al papel indispensable que debería haber cumplido el transporte ferroviario y metropolitano. A finales de los años sesenta, en efecto, comienza a desarrollarse en las ciudades europeas una nueva generación de transportes ferroviarios urbanos. Se trata del “metro ligero” y de los tranvías modernos que comienzan a difundirse en las ciudades medias, desde Lille a Lyon, de Zurich a Strasbourg, de Stuttgart a Frankfurt, acompañado, todo ello, de una red de ferrocarriles regionales que, tomando como ejemplo la experiencia alemana de la *S-bahn*, crean un sistema de transportes pensados para recorrer medias distancias, con capacidad para facilitar una redistribución de asentamientos sobre el territorio y generar un sistema de comunicaciones desconocido en Italia.

Este fracaso, a propósito de las fallidas previsiones y de las alternativas a plantear con respecto al transporte urbano, fue lo más dramático que sufrí como concejal de urbanismo del Ayuntamiento de Bolonia y como militante del Partido Comunista, partido que, del mismo modo, también había asumido las más avanzadas hipótesis del “urbanismo reformista”. Recuerdo, en efecto, que, en el programa electoral elaborado en el año 1964, planteé una propuesta, ya en curso de programación, de un gran sistema viario como soporte del proceso de descentralización urbana. Paralelamente a esto, propuse, a su vez, un proyecto de tranvía moderno que, en el marco de dicha descentralización urbana y periurbana, debería haberse concebido como encauzador de la movilidad de masas que, necesariamente, se iba a producir.

La primera propuesta fue compartida y apoyada. Ello nos permitió inaugurar, en el verano del 67, la original solución de la

Tangenziale-Complanare, una doble autopista que permitía unir el trazado de la autopista peaje con otro, paralelo a este último y de iniciativa municipal, gratuito y abierto hacia la periferia urbana y el territorio adyacente. Al proyecto de la *Tangenziale* siguieron los de otras grandes arterias urbanas concebidas, todas ellas, para procurar una descentralización real que, por desgracia, se ha ralentizado en los últimos años, habiéndose, incluso, invertido el proceso en la actualidad.

Por lo que se refiere al sistema de transportes sobre raíles, todo quedó en papel mojado, y ello tanto en Bolonia como en las más importantes ciudades de Italia. Es el caso de Milán, Nápoles, Turín, incluso Roma. En esta última ciudad, el Plan Regulador, realizado por el más importante urbanista italiano moderno, Luigi Piccinato, hacia 1962, propuso, por desgracia, la descentralización del sector terciario a través de la formalización, al este de la ciudad, del llamado *Asse attrezzato viario*, es decir, que se confiaba dicha descentralización sólo a la lógica de una autopista urbana.

Es así como las ciudades italianas, al contrario de lo sucedido en el resto de Europa, han rechazado el transporte sobre raíles con la intención decidida de hacer frente a la motorización de masa y se han apoyado, para ello, en las autopistas urbanas. Conozco bien el caso de Roma, donde en estos últimos años estoy intentando, con un gran esfuerzo, invertir la política urbana del pasado, con la esperanza de regenerar la ciudad a través de lo que hemos denominado como la *cura del ferro* ("cura del hierro").

En Bolonia se llegó a plantear, incluso, una interpretación "de clase" a propósito de este grave error urbanístico. A mediados de los años sesenta, algunos compañeros argumentaban lo siguiente.

"En estos años, como era de esperar, los salarios de los obreros son más altos, lo que permite que, en el ámbito de las perspectivas de una familia obrera, el automóvil comience a tener, realmente, un puesto preciso. Y tú -me decían- en el umbral de

este objetivo social, nos propones un plan urbanístico en el que los transportes mantienen la división de clases, es decir, los señores utilizando las autopistas urbanas en automóvil y los obreros todavía en los viejos trenes, en este medio de transporte antediluviano...".

Con estas premisas no se podía hacer nada y el proyecto del servicio ferroviario metropolitano propuesto en los años sesenta quedó relegado a la condición de papel mojado. Del mismo modo que entonces, veinte años después asistimos a un fracaso semejante, cuando los concejales del Partido Verde descubrieron que el "metro ligero" no era ecológico.

Es cierto que durante los años sesenta, en Italia, casi nadie había previsto que el continuo aumento de los niveles de motorización permitirían a las familias trabajadoras disponer del automóvil, pero esto no evita que debería haberse previsto, también, una red de transporte sobre raíles capaz de superar la parálisis de la circulación viaria y la contaminación atmosférica producida por millones de automóviles. Algunos, sin embargo, sí lo habían augurado. Nos referimos a las previsiones de motorización elaboradas por la Fiat. Presentadas cada diez años, resultaron ser muy precisas, miles de vehículos más, miles de vehículos menos. Pero, entre nosotros, se pensaba que estas actitudes eran sólo propagandísticas. Culpar de todo esto a Agnelli, por otra parte, resultaba demasiado simple. No olvidemos, sin embargo, que la Volkswagen, la Mercedes y la BMW, en Alemania no habían colaborado a entorpecer el desarrollo del transporte ferroviario, de la manera que sucedió en Francia con la Citroën, la Peugeot y la Renault. La Fiat comenzó a construir trenes de alta velocidad sólo al final de los años 90. Quién sabe, de haberse comenzado hace treinta años, si hubiera cambiado el destino de las ciudades italianas.

El proceso de producción de la ciudad que he intentado describir, correspondiente al período histórico identificado con lo

que he denominado como el de la Expansión, parecía que nunca iba a acabar. Los que pensaban en una "expansión" sin fin, por otro lado, se expresaban como capitalistas con muy poca visión. Son gentes que hablan mucho de mercado aunque, lo cierto, es que nunca lo han estudiado, ya que todo buen estudioso del mismo sabe que llega un momento en el que este se satura. En la Italia del año 1945 había 35 millones de habitaciones para 45 millones de italianos. No había, por tanto, una habitación por habitante: la relación habitaciones/habitantes era poco más del 0,7. Hoy día, para quien no lo sepa, tenemos más de 110 millones de habitaciones para 57 millones de italianos. La relación ha llegado a alcanzar las 1,9 habitaciones por persona. Esto quiere decir que el patrimonio edificado se ha triplicado, mientras que la población ha aumentado solamente un cuarto.

Conocemos cómo se ha desarrollado, en los últimos años, el proceso de producción de la vivienda, aunque, la verdad, ignoro porqué los economistas no estudian jamás el mercado inmobiliario. Si atendemos al caso italiano, podemos decir que, durante la década de los cincuenta, llegaron a producirse un millón de habitaciones al año y que esta cifra se elevó hasta los 1,6 millones en los años sesenta. En los setenta, podemos hablar de la producción de 2,3 millones de habitaciones al año, es decir, casi 23 millones de habitaciones en 10 años. Observamos, a partir de los ochenta, una ligera bajada en la producción de viviendas: estamos hablando de una producción, en esa década de los ochenta, de 1,5 millones de habitaciones al año. En los años noventa esa producción sigue bajando un poco. Cuando el economista habla de crisis suele decir que "el caballo no bebe", pero de este caballo parece ser que nunca se ha ocupado.

La generación de la Transformación

Si analizamos con rigor el mercado, sin embargo, sabremos, con toda claridad, qué es aquello por lo que se ha decidido la gente. Lo que llamamos *recupero*, es decir la “rehabilitación”, la “restauración”, el “saneamiento”. En suma, la reestructuración de viejos edificios representaba en los años 60 apenas el 20% en el conjunto de la producción edificatoria. Veinte años después, en los años 80, el *recupero* había ascendido al 40%. En los años 90 alcanza el 50% y llegaría al 60% en 1998. En la actualidad, el mercado apuesta cada vez menos por la construcción de nuevas edificaciones localizadas en periferias escuálidas y lejanas. Ahora, su práctica preferida es el reciclaje de las viejas construcciones, incluso extendiendo este tipo de intervención a conjuntos urbanos que no se identifican con espacios periféricos concretos. Son áreas que los urbanistas italianos han denominado como áreas *dismesse* (abandonadas). Se trata, por así decirlo, de un fenómeno fisiológico. Es como si dijéramos: elimina el hígado envejecido y sustitúyelo por uno nuevo. Cuando un organismo vital se quiere regenerar deben sustituirse sus piezas viejas. Del mismo modo, si las funciones que la sociedad requiere a la ciudad cambian, se impone la necesidad de procurar, para esta ciudad, piezas diferentes, es decir, funciones que antes no eran necesarias pero que, ahora, si lo son. Esta es, por tanto, la generación de la Transformación urbana.

Este es un fenómeno que se extiende por toda Europa. También fuera de Italia, aunque en el marco de “modelos urbanos” menos patológicos que los italianos, el mercado inmobiliario está alcanzando importantes niveles de saturación y se viene imponiendo, en las más importantes ciudades europeas, la puesta en marcha de Transformaciones urbanas concretas. Hay países que están afrontando estas Transformaciones urbanas y territo-

riales de un modo que para nosotros, urbanistas y ciudadanos, nos parecen de fábula.

Desde hace diez años, valga como ejemplo, siempre que puedo voy a visitar el Ruhr, una zona de Alemania que fue cuna del capitalismo minero, industrial y siderúrgico de Europa. Se trata de la región de Herr Krupp, el “mercader de los cañones”, y también de Mannesmann, la aristocracia del capitalismo mundial. Hoy en día es un territorio destruido físicamente por causa del primer capitalismo decimonónico, del modelo capitalista original; un territorio plagado y perforado de minas, con montones de residuos de carbón que ya han sido utilizados, ambientado, todo ello, en una atmósfera tan contaminada que no se puede ni comentar. Los ciudadanos del Ruhr se dieron cuenta, en un determinado momento, de que este desastre urbanístico-ambiental estaba provocando no sólo un empobrecimiento económico sino, también, aquel otro, no menos importante, de índole cultural. Tras el desastre económico, en efecto, las clases más cultas comenzaron a abandonar la región. Ante esta realidad se decide afrontar una alternativa. Para ello, todos los agentes interesados en cambiar la situación están de acuerdo: los municipios socialdemócratas, las iglesias protestantes y católicas, incluso los grandes capitalistas, entre ellos Herr Krupp.

Hace diez años se puso en marcha una operación que llamaron *Internationale Bauausstellung IBA–Emscher Park* (Exposición Internacional de la Construcción – Parque del Emscher), operación que se planteaba, como objetivo, regenerar radicalmente el valle del río Emscher, es decir, el sector más degradado del Ruhr. Se trata de un conjunto territorial habitado por dos millones de personas. En 10 años, las instituciones públicas han invertido casi tres millones de euros, con lo que han provocado inversiones privadas muy considerables, iniciando un proceso que irá hacia adelante por si solo y que será imparable. Con todo ello, están transformando la zona más devastada de Europa en un

colosal jardín, con una imaginación más napolitana que alemana. He sido testigo de cómo una antigua acería se convertía en un espléndido teatro donde la platea fue construida delante del foso de la colada, que servía de escenario. Aún no he asistido a un espectáculo teatral en este nuevo marco escénico, pero debe de tener un encanto increíble contemplar la presencia de mil personas disfrutando un concierto de Beethoven o una ópera de Wagner en un teatro de este tipo. Y todo ello, en medio de un ambiente en el que dominan parques de dimensiones excepcionales. Nada de pequeños jardines, sino superficies de cientos y cientos de hectáreas, por no hacer mención del saneamiento al que han sido sometidas las aguas contaminadas.

Los alemanes disponen de dos leyes que me entusiasman, en lugar de nuestras charlas pseudo-ecologistas. La primera dice que toda transformación urbanística debe tener un balance ecológico positivo. Esto quiere decir que, desde un punto de vista ecológico, cada operación urbanístico-territorial, en un ámbito determinado, debe dejar el lugar intervenido en mejores condiciones ecológicas que lo encontró. La segunda es, incluso, más "divertida" para nosotros los italianos: quien rompe paga, diríamos nosotros; quien contamina descontamina, dicen los alemanes. Nadie puede evadirse de esta obligación. El propietario de una industria que ha contaminado, si pasado un cierto período de tiempo no se ocupa de este problema, es objeto de sanción, actuando el Land, a partir de ese momento, como ente subsidiario de la actuación a emprender.

He descubierto muchas cosas estudiando las ciudades alemanas, pero el resultado no hubiera sido muy diferente si el objeto de estudio hubiesen sido las ciudades holandesas, suecas o danesas. Entre ellas, la constatación del hecho de que la "permeabilidad" del suelo urbano de las ciudades alemanas es, como mínimo, del 50%, es decir, al menos la mitad de los suelos son permeables, respiran, son zonas verdes, con frecuencia privadas.

¡Quién sabe por qué, en Italia, los jardines deben hacerlos siempre los municipios! El verde, en la ciudad, manifiesta y expresa una función social. Más aún, constituye, hoy en día, una necesidad de carácter biológico, ya que actúa como una depuradora colosal, equilibrando la humedad ambiental, la temperatura, abasteciendo, por otro lado, las capas freáticas subterráneas. De esta forma, la ciudad alemana respira, la italiana no. Y, naturalmente, atendiendo a la alusión que he hecho con respecto al tráfico, debo recordar que el transporte ferroviario reduce la contaminación, más aún cuando comprobamos que en las ciudades alemanas la cantidad de pasajeros que viajan en medios colectivos es tres veces superior a la nuestra. De esta forma, los alemanes reducen la contaminación y aumentan la accesibilidad de las áreas urbanas.

En Italia, por desgracia, los procesos urbanos de Transformación continúan comportándose como lo hicieron en el período de la Expansión, incluso como se manifestaron durante la Reconstrucción. Valga, como ejemplo, la muy conocida transformación del área *dismesse* (abandonada) de Pirelli-Bicocca en Milán. Allí se han construido enormes edificios de calidad, dejando únicamente el 15% para zonas verdes. Una vez obtenido el permiso para construir no se sabía a quiénes vender los edificios, no encontraban compradores. La solución final alcanzada fue alquilar dichos palacios a la Universidad Estatal de Milán por la módica (!) cifra de 20 millones de euros al año. En Nápoles, con Bagnoli, una antigua área de acerías, que está abandonada, se están obteniendo resultados un poco mejores. En dicho área se piensa destinar a zonas verdes al menos el 30% de su superficie. Pero, puesto que el área era propiedad del Italsider, es al Estado a quien se le exige el dinero para proceder a la recualificación de los terrenos contaminados por la antigua producción industrial ya abandonada. El Estado, hasta el momento, ha aportado 250 millones de euros.

Una experiencia italiana gratificante

Podemos decir, en general, que, desde el punto de vista de la “permeabilidad” de los suelos urbanos, las ciudades italianas son un auténtico desastre. Una de las pocas experiencias gratificantes, sin embargo, es la vivida por Reggio Emilia. Allí, donde acabo de finalizar mi trabajo en la elaboración del Plan Regulador, se ha conseguido, a través de específicos análisis urbanísticos, que la permeabilidad del terreno alcance el 33%. Y no hablemos de los casos peores.

En cualquier caso, no estoy acostumbrado a concluir mis intervenciones de forma pesimista. Remitiéndome, de nuevo, aunque brevemente, a mi último trabajo urbanístico, el que he realizado aquí, en Emilia-Romagna, puedo decir lo siguiente. Este trabajo ha supuesto para mí una experiencia muy positiva. El Plan de Reggio Emilia, aprobado en abril de 1999, ha adoptado un camino que puede servir de ejemplo, y seguirse como tal, en cualquier otra ciudad italiana. El Plan, en efecto, ha establecido reglas muy simples, según las cuales todas las áreas objeto de transformación, que se encuentren en similares situaciones urbanístico-jurídicas, se tratarían de la misma manera, estableciéndose las mismas ventajas tanto para el privado como para la comunidad. De esta forma, se eliminan diferencias de trato entre las propiedades afectadas por el Plan. ¿Parece poco?

Aún hay algo más. No establecemos las ya históricas zonificaciones que asignaban diferencias entre unas áreas y otras, sobre todo por lo que se refiere al hecho de que, como consecuencia de esa zonificación, unas áreas se utilicen, arbitrariamente, para proceder a expansiones privadas concretas, mientras otras, por desgracia, estaban supeditadas a esperar que el Ayuntamiento contase con un presupuesto para proceder a su expropiación de cara a su uso para servicios públicos. En Reggio Emilia, cada área

urbana está sometida a un porcentaje concreto para uso privado y otro para uso público y se mantiene siempre la misma proporción para ambas designaciones. Posiciones ecologistas muy elementales han propuesto que las nuevas áreas sometidas a transformaciones urbanísticas alcancen una permeabilidad de hasta un 70%. La mitad de este verde sería de gestión pública y la otra mitad, privada. De esta forma, el verde privado sería gestionado directamente por la propiedad, pero el beneficio, es decir, su repercusión ecológica, alcanza a todos los ciudadanos. La permeabilidad urbana, en estas condiciones, pasará del 33% al 66%, lo que va a suponer que el "patrimonio arbóreo" (en Reggio Emilia existen, de momento, 60.000 árboles) se triplicará en 10 o 15 años. A quien construya se le exigirá, sencillamente, la plantación de una cantidad de árboles proporcional al volumen edificado. El coste adicional de estas operaciones sobre el coste de la edificación no supera el 5-6%, pero el valor añadido de mercado será enormemente beneficioso, ya que quien compra hoy en día una casa, a menos que desee una casa en el centro histórico, la quiere con jardín.

En Reggio Emilia, ciudad media, con un grado alto de motorización, no es fácil la "cura del hierro", pero, a pesar de todo, lo estamos intentando. También, hoy aquí, como ayer en Bolonia, es posible plantear un "urbanismo reformista". Comenzando por abajo, por el municipio más simple, se puede estimular un cambio que llegue hasta alcanzar a las regiones y a la nación en su conjunto. ¿Depende, todo esto, de la representatividad política vieja o nueva, de cómo estén representadas las distintas fuerzas políticas en los Ayuntamientos? Seguramente, pero yo estoy convencido de que, en gran medida, depende también de la conciencia de los ciudadanos. En conclusión, me parece difícil que los cambios puedan surgir de dirigentes políticos iluminados que los ofrecen a los ciudadanos. Creo sólo en los cambios que se llevan a cabo cuando la gente está convencida de que sirven. En resu-

men, creo que, también en el urbanismo, cada mejora depende de todos nosotros.

ISBN: 84-8448-285-5



9 788484 482857



SECRETARIADO DE PUBLICACIONES
E INTERCAMBIO EDITORIAL
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

**instituto universitario de urbanística
de la universidad de valladolid**
